Upsala College
Library

presented by

Mr. Walter Taylor

DISCARDED

QUEVEDO

ESPASA
CALPE
S
A

CLÁSICOS CASTELLANOS

12416
ANX
C61AR

QUEVEDO

I

VIDA DEL BUSCÓN

Upsala College
Library
East Orange, N.J.

INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE LUYS SANTA MARINA

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

863.3
Q5N

ES PROPIEDAD
Madrid, 1951
Printed in Spain

51723

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.

INTRODUCCIÓN

Don Francisco de Quevedo y Villegas, de viejo linaje montañés, nació en Madrid el 1580. Pronto perdió a sus padres, D. Pedro Gómez de Quevedo, secretario de la cuarta esposa de Felipe II, D.ª Ana de Austria, y D.ª María Santibáñez, dama de honor de la Reina. Se educó en el Colegio Imperial de Jesuítas de Madrid, y desde 1596 a 1600 estudió en la Universidad de Alcalá; salió licenciado en Artes, y comenzó Teología.

Cuando rayaba el siglo, sigue a la Corte a Valladolid, viviendo de sus no muy abundantes caudales, y con sus letrillas, y sobre todo con las saladísimas *Cartas del Caballero de la Tenaza* (1604), se revela a las letras.

Vuelve, con los Reyes, a Madrid (1606); trama sus *Sueños* y pasa sus días lo más alegremente que puede, esperando que la buena fortuna le entre por puertas. Pero lo que se le entró —según Pablo Antonio de Tarsia, y due-

le tenerse que desprender de tan gallarda leyenda— fué un desafío que cambió su rumbo, arrojándole en el revuelto mar de la política italiana. El día de Jueves Santo (1611), en la iglesia de San Martín, vió a un caballero que, trabado de palabras con una dama, dábale una bofetada. A ninguno de los dos conocía D. Francisco, pero asió del hombre, le sacó fuera y, cruzados los aceros, al primer lance le despachó para el otro mundo. El muerto era un portugués, comendador de la Orden del Cristo, persona de cuenta, y el matador tuvo que esconderse. Contaba con poderosos amigos y logró llegar a Sicilia, donde virreinaba un camarada de sus andanzas cortesanas, D. Pedro Girón, duque de Osuna.

Pasada la borrasca, vuelve a España (1612), y a su señorío de la Torre de Juan Abad, situado en el camino de Madrid a Andalucía, dos leguas antes de llegar a Sierra Morena; lee y medita libros ascéticos.

Pero Osuna se le había aficionado y comprendía además su valor: le llamó a Sicilia y le hizo su ministro. En adelante, el gobierno de la isla pasó por manos de Quevedo. Y no sólo el gobierno, sino también, secundando las ideas del Duque, su política exterior; es decir, la acción contra el turco y mezclarse sagazmente en las eternas querellas de los diminutos Estados de Italia, procurando sacar las mayores

ventajas para los intereses españoles. Esto explica su presencia en la sublevación de Niza contra el duque de Saboya (1613), de la que escapó de milagro, pues todos los cabecillas fueron ajusticiados.

Viene a Madrid (1616) a fin de conseguir para Osuna el virreinato de Nápoles. Reparte hábilmente dádivas y caudales entre los confesores y privados de Felipe III, y logra el cargo.

Ya en la bella Parténope, el Duque le nombra (1616) su ministro de Hacienda; descubrió fraudes y gatuperios, y bien pronto dejó saneadas las rentas reales. Emprende seguidamente una acción disimulada contra Venecia, quien, aunque oficialmente en paz con España, ayudaba cuanto podía al duque de Saboya, nuestro enemigo. El negocio traslució, y en el mismo Nápoles formóse un partido contra Osuna, pues la empresa entrañaba graves riesgos. Quevedo vuelve a España (1617) con abundantes ducados, para quitar obstáculos. Fué afortunado: se le dejaron al Duque las manos libres contra Venecia, siempre que el nombre del Rey no figurase para nada. A D. Francisco, en pago de sus servicios, le dieron el hábito de Santiago y una pensión de doscientos ducados al mes. No perdió el tiempo el Duque, "hombre por naturaleza poco amigo de paz, y por fama deseosísimo de guerra", y mandó a D. Pedro de Leiva con

una escuadra de galeones, que acorraló a la armada veneciana, "más numerosa que esforzada", enseñoreándose del Adriático, desde Otranto a las bocas del Poo. Quevedo secunda el plan y aparece en Venecia (mayo 1618), precisamente cuando era descubierta la conjuración tramada por Osuna, el marqués de Bedmar —embajador de España— y D. Pedro de Toledo, que gobernaba Milán. También aquí le libró su buena fortuna y su valor; el Consejo de los Diez le hizo quemar en efigie, y se cuenta que estuvo conversando con los propios espadachines que le buscaban para matarle.

Había que atenuar el fracaso en Madrid, y allí volvió Quevedo, pero la Corte no era ya la misma, tras la caída del duque de Lerma y don Rodrigo Calderón. No consiguió nada; volvió a Nápoles y se despidió del Duque, quien le dejó partir, quizá con harta ingratitud. Vuelve a su Torre de Juan Abad; desde allí presencia la desgracia y prisión de Osuna (1620), y con gran nobleza le defiende ante todos. Con la proclamación de Felipe IV (1621) se intensifica su mala suerte. Al principio, el conde-duque de Olivares le otorgó su favor, pero su defensa del patronato de Santiago (1628) le cuesta el destierro de la Corte por un año, debido a las intrigas de los carmelitas, que habían logrado un breve del Papa (1627) nombrando patrona de

España a Santa Teresa, en unión con Santiago.

Entre libros y enredos cortesanos va pasando su vida. En 1634, cincuentón ya, se casa con una viuda de sus mismos años y con hijos talludos, D.ª Esperanza de Mendoza, con la que sólo vive tres meses. Un memorial encontrado por el Rey bajo su servilleta (1639) contra el Conde-Duque, atribuído a Quevedo, hizo que le encerrase en el convento de San Marcos de León, en un subterráneo húmedo y desabrido. Cuatro años pasó allí, y más pasara a no haber caído Olivares (1643).

Libre ya, llegó a Madrid, maltrecho y enfermo, y retiróse a su Torre de Juan Abad. Dedicó a sus manuscritos y testamento lo poco que le quedaba de vida y, sintiéndose morir, se trasladó a Villanueva de los Infantes, donde podría estar algo más cuidado, muriendo allí el 8 de septiembre de 1645.

Quevedo es quizá el más amplio de nuestros escritores: ensayó todos los géneros literarios, descollando en todos. Magnífico poeta, así serio como de burlas; extraordinario novelista, sólo comparable a Cervantes; duro y viril moralista, único en la sátira, juntó a su poderoso ingenio una de las culturas más sólidas de su tiempo y un imponderable conocimiento del castellano; ello hace que su lectura deleite y haga

pensar, aun cuando tantas cosas hayan cambiado desde sus días a los nuestros.

* * *

La *Historia de la Vida del Buscón* publicóla en 1626 Pedro Verges, en Zaragoza. Se suele situar esta admirable novela hacia 1606 —entre los veinte y los treinta años de Quevedo—, ateniéndose a la letra del relato: años de escuela y universidad, y las alusiones más o menos históricas a Antonio Pérez y al sitio de Amberes por Spínola (1602-4). Creo, sin embargo, se trata no de un libro de juventud, sino de recuerdos de juventud, escrito en plena madurez.

Basta comparar su estilo con el de los *Sueños* para darse cuenta del evidente progreso en exactitud y concisión; la tónica grotesca puede, tal vez, ser la misma; pero la sobriedad del relato y la valentía de los tipos, trazados con brevísimos rasgos, revelan al escritor para el que bien pocos secretos tiene aún la técnica.

Claro es que no ha llegado todavía a la maravillosa plasticidad del *Epítome a la Vida de Fray Tomás de Villanueva* (1620) —escrito en doce días—, ni a ese milagro de nuestra prosa —severo y dulce a la par y con una profundidad y desengaño que estremecen— de la *Vida de Marco Bruto;* pero para crear los veintitrés

capítulos del *Buscón* no basta una inteligencia brillante y precoz, y libros y más libros. Hace falta algo más: la vida y vida gozada y padecida, metiéndose audazmente de hoz y coz en ella, no de mentirijillas como tantos y tantos "sabios" que harto cerca tenemos.

Por eso me inclino a fechar este libro hacia 1620, al regreso definitivo de Italia, donde comenzó la vera existencia de D. Francisco, cuando él pudo darse cuenta del auténtico metal de su alma, y confirmar con hechos lo justificado de su orgullo de hidalgo montañés, que siempre tuvo y sostuvo, entre burlas y veras. Quizá su desilusión tras el fracaso de su empresa italiana se derrame por estas páginas —más amargas que otras suyas—, fracaso sentido más que por él, por España, a quien veía irse al garete.

Creo inútil, por otra parte, buscarle fuentes y precedentes: que si el *Lazarillo*, que si el *Pícaro*... Puerilidades de bachillerejos pedantuelos y ociosos: el Dómine Cabra y la acerada carta de Alonso Ramplón y, aun en tono menor, las dos zazositas: D.ª Ana, la niñadalgo, y la melindrosa, preciada de sus manos, leves, finísimos perfiles —entre los numerosos aciertos del libro— pondrán las cosas en su lugar, sin necesidad de fárragos ni garrulerías.

Tiene de común con la picaresca de buena ley —no la diluída de *escuderos, donados, garduñas,* etc.— el viril estoicismo, que impulsa al

héroe a una lucha constante contra un medio que le es siempre hostil y que parece avizorarle para cogerle en un renuncio y hacerle trizas. Tal tensión y tal ambiente no son los más adecuados para églogas y almíbares, y, naturalmente, en esta vida no los hay. Así, pues, existe este precedente; pero si bien se mira, eso del estoicismo militante está diluído en la sangre de nuestra gente desde siempre; Séneca no hizo más que poner en buen latín lo que sentían y pensaban los hombres de Numancia, o aquellos cántabros que morían cantando, clavados en las cruces romanas.

Y, por último, menos sal en la mollera que los anteriores asnillos —Capmany entre ellos— muestran los que hacen remilgos y alharacas ante tal o tal pasaje más o menos crudo de la fábula. Menos pasmarotadas, y no olvidar que es un libro escrito por un hombre y para hombres, con lo cual ya nos libramos de las tres cuartas partes, y los simplicios restantes piensen que es locura mirar a un siglo con los lentes de otro.

* * *

Se ha seguido el texto de la edición de Zaragoza (1626), por Pedro Verges.

Se han utilizado, en parte, las notas de las anteriores ediciones de esta novela en la colección de "Clásicos Castellanos".

Las abreviaturas Covarrubias y *Dicc. Aut.*, tan repetidas en las notas, significan, respectivamente, el *Tesoro de la Lengua Castellana*, (1611) y el Primer Diccionario de la Academia de la Lengua (1737).

LUYS SANTA MARINA.

APROBACION

Agradecido al mandamiento del señor don Juan de Salinas, vicario general de este arzobispado de Zaragoza, que me obligó á ver libro tan sazonado como su autor, juzgo que se le debe la estampa por la propriedad de las cosas, por la elegancia de las palabras, por la enseñanza de las costumbres, sin ofensa alguna de la religión. En Santa Engracia de Zaragoza, á 29 de abril, año de mil seiscientos veinte y seis.

ESTEBAN DE PERALTA.

LICENCIA DEL ORDINARIO

El doctor Juan de Salillas, colegial del colegio de San Bartolomé de Salamanca, y en lo espiritual y temporal vicario general de la ciudad y arzobispado de Zaragoza, por el ilustrísimo y reverendísimo señor don fray Juan de Peralta, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de dicho arzobispado, del consejo de su majestad, etc., Damos licencia á Roberto Duport, librero, para que pueda hacer imprimir un libro intitulado HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS, com-

puesto por don Francisco de Quevedo, por cuanto nos consta no haber en él cosa en que contravenga á nuestra santa fe católica y buenas costumbres y mandamos se ponga esta nuestra licencia al principio de cada libro. *Dat.* en Zaragoza á dos de mayo del año mil seiscientos veinte y seis.

EL DOCTOR DON JUAN DE SALINAS,
vicario general.

Por mandado de dicho señor vicario general,
ANTONIO ZAPORTA, *Notario.*

APROBACION

He visto y leído este libro y me parece se puede dar licencia para imprimirlo. En Zaragoza, á trece de mayo de mil seiscientos veinte y seis.

EL DOCTOR CALISTO REMÍREZ.

DON FELIPE, POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE CASTILLA, DE ARAGÓN, DE LAS DOS SICILIAS, DE JERUSALÉN, ETC.

Don Juan Fernández de Heredia, caballero mesnadero, gentil hombre de la boca de su majestad, de su Consejo, y regente el oficio [de] la general gobernación en este reino de Aragón y presidente en la real audiencia de aquél: Por cuanto por parte de Roberto Duport, librero, domiciliado en la ciudad de Zaragoza, se nos ha suplicado fuésemos servidos dar licencia y facultad para imprimir y vender y hacer imprimir y vender en el presente reino de Aragón un libro intitulado HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN LLAMADO DON PABLOS, EJEMPLO DE VAGABUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS; y porque habemos mandado ver y reconocer primero, se ha hallado que no tiene cosa contra nuestra santa fe católica; el cual es compuesto por don Francisco de Quevedo Villegas, caballero del Orden de Santiago. Por tanto, por tenor de las presentes, de nuestra cierta ciencia y por la real autoridad que usamos en esta parte, damos licencia y facultad al dicho Ruperto Duport, ó á quien su poder tuviere, para que por el tiempo de diez años, contaderos del día de la data de las presentes en adelante, pueda imprimir y vender, y hacer imprimir y vender, el susodicho libro y todos los cuerpos que dél quisiere. Prohi-

biendo y mandando que ninguna otra persona le pueda imprimir ni vender ni hacer imprimir ni vender dentro de los dichos diez años, so pena de perdimiento de los libros, y moldes y otras penas á nos arbitrarias. Con esto que en todos los volúmenes y cuerpos que imprimiere sea tenido poner impresa la presente nuestra licencia, mandando por tenor della á cualesquier jueces y oficiales mayores y menores y otros cualesquiera ministros, vasallos y súbditos de su majestad en el presente reino de Aragón, que so incurrimiento de su ira é indignación y en pena de mil florines de oro de Aragón, de bienes de los contravenientes exigideros, y á los reales cofres aplicaderos, que la presente licencia y todo lo en ella contenido guarden, tengan y observen, tengan y guardar hagan inviolablemente, ni hacer ni permitir ser hecho lo contrario, si la gracia de su majestad les es cara y en la dicha pena desean no incurrir. *Dat. in civitate Calatajubii, die vigesimo sexto, mensis madii, anno Domini Nostri Jesu Christi millesimo sexcentesimo vigesimo sexto.*

DON JUAN FERNÁNDEZ DE HEREDIA,
Governador de Aragón.
V. MENDOZA, *Asesor.*

Dominus R. offi. G. G. Arag. mandat. mihi Gaspari Jacinto de Robres & Lasilla, visa per Mendoza asesor.
In diversorum VIIII, fol. CLIII.

A DON FRAY JUAN AGUSTÍN DE FUNES, CABALLERO DE LA SAGRADA RELIGIÓN DE SAN JUAN BAUTISTA DE JERUSALÉN, EN LA CASTELLANÍA DE AMPOSTA DEL REINO DE ARAGÓN.

Hallándome lleno de obligaciones al favor que siempre he recibido de v. m., y siendo mi caudal limitado para pagarlas, me ha parecido, en señal de agradecimiento, dedicarle este libro, émulo de *Guzmán de Alfarache* —y aun no sé si diga mayor— y tan agudo y gracioso como *Don Quijote,* aplauso general de todas las naciones. Y aunque v. m. merecía mayores asuntos por su generosa sangre, ingenio lucido, pues la *Crónica de la Religión de San Juan* es hijo suyo —a quien podemos decirle sin miedo: *qualis pater talis filius*—, porque tal vez suele divertirse más el cuerdo con los descuidos maliciosos de Marcial que con las sentencias de Séneca, le pongo en sus manos para que se recree con sus agudezas. Su autor dél, es tan conocido, que lleva ganados de antemano deseos de verle; y cuando no lo fuera, con su protección de v. m. perdiera los recelos de atreverse en público; y yo quedaré ufano, consiguiendo el general gusto que con él han de tener todos.

Humilde criado de v. m.,
ROBERTO DUPORT.

AL LECTOR

Qué deseoso te considero, lector ó oidor —que los ciegos no pueden leer—, de registrar lo gracioso de don Pablos, príncipe de la vida buscona.

Aquí hallarás en todo género de picardía —de que pienso que los más gustan—, sutilezas, engaños, invenciones y modos, nacidos del ocio, para vivir á la droga, y no poco fruto podrás sacar dél si tienes atención al escarmiento; y, cuando se lo hagas, aprovéchate de los sermones, que dudo nadie compre libro de burlas para apartarse de los incentivos de su natural depravado. Sea empero lo que quisieres; dale aplauso, que bien lo merece; y cuando te rías de sus chistes, alabe el ingenio de quien sabe conocer que tiene más deleite saber vidas de pícaros, descritas con gallardía, que otras invenciones de mayor ponderación.

Su autor, ya le sabes; el precio del libro, no lo ignoras, pues ya le tienes en tu casa, si no es que en la del librero le hojeas, cosa pesada para él, y que se había de quitar con mucho rigor, que hay gorrones de libros como de almuerzos, y hombre que saca cuento leyendo á pedazos

y en diversas veces y luego le zurce; y es gran lástima que tal se haga, porque éste mormura sin costarle dineros, poltronería bastarda y miseria no hallada del Caballero de la Tenaza. Dios te guarde del mal libro, de alguaciles y de mujer rubia, pedigüeña y carirredonda.

A DON FRANCISCO DE QUEVEDO

LUCIANO, SU AMIGO

Don Francisco, en igual peso
veras y burlas tratáis;
acertado aconsejáis,
y á don Pablo hacéis travieso;
con la Tenaza, confieso
que será Buscón de traza;
el llevarla no embaraza
para su conservación;
que será espurio Buscón
si anduviera sin Tenaza.

---

2 De Samosata.

HISTORIA DE LA VIDA DEL BUSCÓN

LLAMADO DON PABLOS, EJEMPLO DE VAGAMUNDOS Y ESPEJO DE TACAÑOS

CAPITULO I

EN QUE CUENTA QUIÉN ES Y DE DÓNDE

Yo, señor, soy de Segovia; mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo —Dios le tenga en el cielo—. Fué tal, como todos dicen: de oficio barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y, según él bebía, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo y nieta de Lépido Ziuraconte.

---

4 *tacaño:* "el bellaco que es astuto y engañador". Covarrubias.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendía de los del triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió, todos los copleros de España hacían cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recién casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos por sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacía la barba á navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba, muy á su salvo, los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque, según á mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron docientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salían por verle á las ventanas, que siempre pareció bien mi padre, á pie y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della. Mi madre, pues, no tuvo calamidades. Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba á todos cuantos la trataban; sólo diz que le dijo no sé qué de un cabrón, lo cual

la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas, resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagüeta y flux para los dineros de todos. Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos, era para más atraerles sus voluntades. No me detendré en decir la penitencia que hacía. Tenía su aposento, donde sola ella entraba —y algunas veces yo, que como era chico podía—, todo rodeado de calaveras, que ella decía eran para memorias de la muerte, y otros, por vituperarla, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y decíame á mí: "¿Qué piensas?, con el recuerdo desto aconsejo á los que bien quiero que para que se libren dellas vivan con la barba sobre el hombro, de suerte que ni aun con mínimos indicios se les averigüe

6 *flux:* "término del juego de las quínolas y otros; el concurso de todas las cartas de un mismo palo.— *Hacer flux.* Frase metafórica con que se explica que alguno consumió y acabó enteramente con alguna cosa, como su hacienda ó la ajena, quedando sin pagar á nadie." *(Dicc. Aut.)*

16 "Las hechiceras dicen que para la bien querencia se aprovechan de estas sogas." Covarrubias.

19 *"Traer la barba sobre el hombro: vivir recatado y con recelo, como hacen los que tienen enemigos, que van volviendo el rostro a un lado y á otro."* Covarrubias.

20 *Z.*, 1626: "averigüen", la misma errata en *Z.*, 1628; *B.*, 1626, y *R.*, 1629.

lo que hicieren." Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre á quién había de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno ni á otro. Decíame mi padre: "Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica, sino liberal"; y de allí á un rato, habiendo suspirado, decía de manos: "Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el día de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas"—lloraba como un niño el buen viejo acordándose de las veces que le habían bataneado las costillas—; "porque no querrían que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias: y no cierto de puro buen cristiano. Muchas veces me hubieran llevado en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo manda la santa madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio, he sustentado á tu madre lo más honradamente que he podido." "¿Cómo me habéis sustentado?, dijo ella con gran cólera, que le pesaba que yo no me apli-

8 *de manos:* "juntando las manos".
19 *andaba por las iglesias,* porque éstas ofrecían seguro asilo a los delincuentes.

case á bruja—; "yo he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo ó por las bebidas que os daba? Gracias á mis botes. Y si no temiera que me habían de oir en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chiminea y os saqué por el tejado." Más dijera, según se había encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos que tenía. Metidos en paz, yo les dije que quería aprender virtud, resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante, y así que me pusiesen á la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecióles bien lo que yo decía, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas y mi padre fué á rapar á uno —así lo dijo él—, no sé si la barba ó la bolsa; yo me quedé solo, dando gracias á Dios que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

CAPITULO II

DE CÓMO FUÍ A LA ESCUELA Y LO QUE EN ELLA ME SUCEDIÓ

A otro día ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fuí, señor, á la escuela; recibióme muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, di muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto á sí; ganaba la palmatoria los más días por venir antes, y íbame el postrero por hacer algunos recaudos de señora, que así llamábamos á la mujer del maestro. Teníalos á todos con semejantes caricias obligados. Favoreciéronme demasiado, y con esto creció la invidia entre los demás niños. Llegábame de todos á los hijos de caballeros, y particularmente á un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Ibame á su casa los días de fiesta y acompañábale cada día.

---

10 *ganar la palmatoria*, parece que significa obtener una recompensa entre varios.

Los otros, ó que porque no les hablaba, ó que porque les parecía demasiado punto el mío, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros me llamaban don Ventosa; cuál decía, por desculpar la invidia, que me quería mal porque mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas, de noche; otro decía que á mi padre le habían llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato; otros me decían *zape* cuando pasaba, y otros, *miz;* cuál decía: "Yo le tiré dos brengenas á tu madre cuando fué obispa." Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios. Y aunque yo me corría, disimulábalo; todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió á decirme á voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como lo dijo tan claro —que aun si lo dijera turbio no me pesara—, agarré una piedra y escalabréle. Fuíme á mi madre corriendo, que me escondiese, y contéla el caso todo, á lo cual me dijo: "Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo." Cuando yo oí esto, como siempre

1 *que porque.* "Nada más común que este pleonasmo en nuestros clásicos; pero, según el uso moderno, es una incorrección que debe evitarse." Bello-Cuervo, *Gram. cast.*, 985.

2 *Punto:* "vale también lo mismo que pundonor". *(Dicc. Autorid.)*

10 *gato:* ladrón. *(Dicc. Acad.)*

tuve altos pensamientos, volvíme á ella, y dije: "¡Ah madre!, pésame sólo de que algunos de los que allí se hallaron me dijeron no tenía que ofenderme por ello, y no les pregunté si era por la poca edad del que lo había dicho." Rogué-le que me declarase si pudiera habelle desmentido con verdad, ó que me dijese si me había concebido á escote entre muchos, ó si era hijo de mi padre. Rióse, y dijo: "¡Ah, noramaza! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracias tienes; muy bien hicistes en quebrarle la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir." Yo con esto quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves días y salirme de casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvióme a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba el hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones, si eran mejores los míos. Dábale de lo que almorzaba, y no le pidía de lo que él comía; comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus pa-

9 *Noramaza:* noramala.

dres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me dejasen con él á comer, cenar y aun dormir los más días. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre —el cual tenía fama de consejero—, que el don Dieguito me dijo: "Hola, llámale Poncio Pilato, y he á correr." Yo, por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilato. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un guchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro. Dando gritos entró el hombre tras mí, y defendiéndome el maestro, asigurando que no me matase, asegurándole de castigarme. Y así luego, aunque la señora le rogó por mí, movida de lo que la servía, no aprovechó: mandóme desatacar, y azotándome, decía tras cada azote: "¿Diréis más Poncio Pilatos?" Yo respondía: "No, señor"; y respondílo dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome al día siguiente decir, como solía, las oraciones á los otros, llegando al Credo —advierta v. m. la inocente malicia—, al tiempo de decir: "Padeció so el poder de Poncio Pilato", acordándome que no había de decir

7 *consejero* (?). Juan Hidalgo, en su *Vocabulario de germanía*, trae *consejo*, "rufián astuto".

más Pilatos, dije: "Padeció so el poder de Poncio de Aguirre." Dióle al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y me dió una firma en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fuí yo muy contento.

Llegó —por no enfadar— el tiempo de las Carnestolendas, y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echamos suerte entre doce señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el día y salí en un caballo hético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo; la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fulle-

2 Este cuento, con algunas variantes, se refiere en los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Gaspar Lucas de Hidalgo (1605).

4 *firma:* un papel con su firma.

11 *rey de gallos.* "Divertimiento de Carnestolendas, que se ejecuta ordinariamente enterrando un gallo, dejando solamente fuera la cabeza y pescuezo, y vendándole á uno los ojos, parte desde cierta distancia á buscarle con la espada en la mano.—*Correr gallos á caballo*... Se diferencia en que al gallo colgado de la cuerda se le ha de cortar la cabeza con la espada corriendo el caballo. *(Dicc. Autorid.)*

18 *overo:* "Se llaman jocosamente los ojos que son blancos y que parece no tienen niña, por la semejanza que tienen con lo blanco y la hechura del huevo." *(Dicc. Aut.)*

rías del que le tenía á cargo en el ganarle la ración. Yendo, pues, en él dando vulcos a un lado y otro, como fariseo en paso, y los demás niños todos adrezados tras mí, pasamos por la plaza —aun de acordarme tengo miedo—, y llegando cerca de las mesas de las verdureras —Dios nos libre—, agarró mi caballo un repollo á una, y ni fué visto ni oído cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo. La bercera, que siempre son desvergonzadas, empezó á dar voces. Llegáronse otras, y con ellas pícaros, y alzando zanahorias garrofales, nabos frisones, brengenas y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal, y que no se había de hacer á caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo á empinarse, cayó conmigo —hablando con perdón— en una privada; púsome cual v. m. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras, y daban tras las verdureras y escalabraron dos. Yo, á todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió a berceras y muchachos, mirando á todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunas dagas de las que traían por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó á mí, y viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metídolas

Upsala College
Library

en una casa á secar con la capa y sombrero, pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Y de paso quiero confesar á v. m. que cuando me empezaron a tirar las brengenas, nabos, etc., que, como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habían tenido por mi madre, y que la tiraban, como habían hecho otras veces, y así, como necio y muchacho, empecé á decir: "Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza Saturno de Rebollo, mi madre", como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme á la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme, tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos leguas de rocín exprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos, y viendo que no bastaba, salíme de su casa y fuíme á ver á mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado y á sus padres resueltos por ello de no le inviar más á la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín,

viéndose en aprieto, se esforzó á tirar dos coces, y de puro flaco se desgajaron las ancas y se quedó en el lodo bien cerca de acabar. Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determiné de no volver más á la escuela ni á casa de mis padres, sino de quedarme á servir á don Diego, ó por decir mejor, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa que yo no había menester ir más á la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal, y así, desde luego, renunciaba la escuela por no darles gasto y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

CAPITULO III

DE CÓMO FUÍ Á UN PUPILAJE POR CRIADO DE DON DIEGO CORONEL

Determinó, pues, don Alonso de poner á su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado de Cabra que

---

7 *licenciado Cabra.*—Parece que el personaje existió. En una carta de don Juan Adán de la Parra se cita el nombre real del Licenciado; pero el Sr. Fernández Guerra puso en duda, con buenas razones, su autenticidad. (Véase Rivad., XLVIII, 530 y 545.) Hela aquí, no obstante: "Amigo don Francisco: Ya me tenéis en Segovia, patria de vuestro *Buscón* y del frío, pues le hace tal que se me helaron las palabras al saludar á doña Lorenza, á pesar del fuego con que me arrimé á ella. Decirte, Busconcillo, cuánto me reí al visitar al dómine Cabreriza, sería largo; porque recordando tu *Buscón*, no pude hablar, de risa, á don Antonio en mucho tiempo. Bien lo retratastes, pero ahora es infiel la pintura, por estar el pobrete mucho peor, y tan vecino a la muerte, que da lástima. No puedo llevar en calma tu nombre desque le dijeron que él era el dómine de tu historia, y me dijo que fueras más caballero sin ser ingrato. Ya el pobre Cabreriza ni tiene discípulos ni dice misa; es un esqueleto que se mantiene con los ahorros de sus buenos tiempos." Muy en la índole del libro y de Quevedo —crítico implacable de Montalbán y Pacheco de Narváez— está el que Cabra tuviese exis-

tenía por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo y á mí para que le acompañase y sirviese. Entramos primer domingo después de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refrán que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos, avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y escuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz, entre Roma y Francia, porque se le habían comido de unas búas de resfriado, que aun no fueron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba á comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanos y vagamundos se los habían desterrado; el gaznate, largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de media abajo, parecía tenedor, ó compás con dos piernas largas y flacas; su andar, muy despacio; si se descomponía algo se sona-

tencia histórica. En el cap. XI de la I parte cuenta que al pasar por casa del dómine, supo que había muerto; tal vez quiso disimular lo auténtico de su pintura.

ban los güesos como tablillas de san Lázaro; la habla, hética; la barba, grande, por nunca se la cortar por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul; llevábala sin ciñidor; no traía cuello ni puños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria.

---

1 *tablillas de San Lázaro:* "Son tres tablillas que se traen en la mano unidas por un cordel por dos agujeros, y la de en medio tiene una manija por donde se coge y menea haciendo que suenen...; úsanse para pedir limosna para los hospitales de San Lázaro, como se hace en el de Toledo y otros." *(Dicc. Aut.)*

18 "Cuando queremos encarecer la estatura grande de un hombre decimos que es un filisteo." Covarrubias.

A poder, pues, déste vine y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que, por no gastar tiempo, no duró más. Díjonos lo que habíamos de hacer, estuvimos ocupados en esto hasta la hora del comer; fuimos allá; comían los amos primero y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemín; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos, y como no los vi, pregunté que cómo no los había á un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo: "¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os hecha de ver que sois nuevo." Yo con esto me comencé á afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de antes vivían en el pupilaje estaban como leznas, con unas caras que parecían se afeitaban con diaquilón. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendición; comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer [en] una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban

21 *diaquilón:* "Emplasto compuesto de varios zumos viscosos que usa la cirugía para ablandar tumores." *(Dicc. Aut.)*—Afeitar, naturalmente, se usa en su sentido originario de afectar ó disimular lo natural.

á nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo. Decía Cabra á cada sorbo: "Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula." Acabando de decillo echóse su escudilla á pechos diciendo: "Todo esto es salud y otro tanto ingenio." "¡Mal ingenio te acabe!", decía yo entre mí, cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro: "¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale; coman, que me huelgo de vellos comer." Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: "Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas." Mire v. m. qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.

Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y en el plato unos pellejos y unos güesos, y dijo el pupilero: "Quede esto para los criados, que también han de comer, no lo queramos todo." "¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado", decía yo, "que tal amenaza has hecho á mis tripas!" Echó la bendición, y dijo: "Ea, demos lugar á los criados y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio, no les haga mal

lo que hán comido." Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho y díjome que aprendiese modestia y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuése. Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio mal parado, y que mis tripas pedían justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir; al ruido entró Cabra diciendo: "Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan, que para todos hay." Volvióse al sol y dejónos solos. Certifico a v. m. que había uno dellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces á los ojos, y entre tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Y pedí yo de beber, que los otros por estar casi ayunos no lo hacían, y diéronme un vaso con agua, y no le hube bien llegado á la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo esperitado que dije. Levantéme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas y no hacían la razón. Dióme gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y díjome: "No lo sé, en esta casa no las hay; para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, don-

de quierá podéis, que aquí estoy dos meses ha y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como vos agora, de lo que cené en mi casa la noche antes." ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada de él.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir á las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban vaguidos en aquella casa, como en otra ahitos. Llegó la hora del cenar; pasóse la merienda en blanco; cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire v. m. si inventara el diablo tal cosa. "Es cosa muy saludable y provechosa", decía, "cenar poco para tener el estómago desocupado", y citaba una retahila de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta, y que ahorraba un hombre sueños pesados, sabiendo que en su casa no se podía soñar otra cosa sino que comían. Cenaron, y cenaron todos, y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar, y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse á su padre y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese, aunque últimamente le dije: "Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos?, porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron y que somos ánimas que estamos en

el purgatorio, y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar privilegiado."

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora del levantar; dieron las seis y llamó Cabra á lición; fuimos y oímosla todos. Ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar á otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas, amarillos, vestidos de desesperación. Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa, recién venido, dos frisones, y que á dos días salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una Cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, esto por muy gran rato, y mucha gente que venía á sólo aquello de fuera; y preguntando un día por qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones, y que metiéndolos en aquella casa morían de hambre, de manera que no comían de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo,

que conocí la casa, lo creo; dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije. Y volviendo a la lición, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Sólo añadió a la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un día de hidalguía allá fuera, y así, tenía una caja de hierro, toda agujereada, como salbadera; abríala y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla para que la diese algún zumo por los agujeros y quedase para otro día el tocino. Parecióle después que en esto se gastaba mucho, y dió en sólo asomar el tocino en la olla.

Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes, le buscamos para no levantarnos de mañana, y así trazábamos de decir que teníamos algún mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo; dijimos, al fin, que nos dolían las tripas y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres

3 *decorar:* recitar de coro.

7 *hidalguía.*—Los judíos recién conversos guardaban aún la aversión al cerdo; por esto se les injuriaba llamándoles *marranos* y se les negaba la condición de cristianos viejos.

días, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscaría remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenía una receta que había heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal y aderezó una melecina, y llamando una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego; el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por defuera guarnición la que dentro había de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen á mí la otra, que luego tornarían á don Diego. Yo me vestía, pero me valió poco, porque teniéndome Cabra y otros me la echó la vieja, á la cual de retorno di con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo; mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos nosotros á don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio.

Con esto no nos valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama para que guisase y sirviese á los pupilos, y despidió al criado porque le halló el viernes á la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe; era tan sorda, que no oía nada;

entendía por señas; ciega y tan gran rezadera, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decían: "¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etiopía." Otros decían: "¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habrá muerto?" Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascarla se quebró un diente. Los viernes nos solía enviar unos güevos, á fuerza de pelos y canas suyas, que podían pretender corregimiento ó abogacía. Pues meter el badil por el cucharón, inviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba en la olla, y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos este trabajo hasta la Cuaresma que vino, y á la entrada della estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pidía confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano el matar á aquel hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando lo vió —que había un día que no hablaba—, dijo: "Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno." Imprimiéronse estas razones en el corazón; murió el pobre mozo; enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y

quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó a oídos de don Alonso Coronel, y como no tenía otro hijo, desengañóse de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros, y tales nos vió, que sin aguardar á más, trató muy mal de palabra al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas á casa; despidámonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPITULO IV

DE LA CONVALECENCIA Y IDA Á ESTUDIAR Á ALCALÁ DE HENARES

Entramos en casa de don Alonso y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desarmasen los huesos de puro roídos del hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y á mí, como había sido mi trabajo mayor y la hambre imperial —al fin me trataban como á criado—, en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como á retablos, y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos dieran sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada y á la primera ave las

---

10 *imperial:* "Se toma muchas veces por especial y grande en su línea." *(Dicc. Aut.)*

13 *retablo de duelos:* "Al que tiene muchos trabajos suelen decir que es un retablo de duelos." Covarrubias.

15 *pisto:* "El jugo ó sustancia, que machacándola ó aprensándola se saca del ave, especialmente de la gallina ó perdiz; el cual se ministra caliente al enfermo que no puede tragar cosa que no sea líquida para que se alimente y cobre fuerzas." *(Dicc. Aut.)*

luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los doctores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban güecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzamos á volver y cobrar algún aliento; pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas, y así se dió orden que cada día nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro días, y aun parecíamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los PP. del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decía males de la gula, no habiéndola él conocido en su vida; y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metía perdices y capones y todas las cosas que no quería darnos, y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía que tenía por pecado no sólo el matarla, sino el criarla, según recataba el comer.

Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de inviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de la gramática. Díjome á mí si quería ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo como vería. Y con esto dióle un criado para mayordomo que le gobernase la casa y le tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era una media camita y otra de cordeles con ruedas, para metella debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Aranda; cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos á la tardecita antes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros. El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel día; hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban

22 *Venta de Viveros:* situada en el camino de Madrid á Alcalá, era posada de estudiantes y, por tanto, lugar de las más endiabladas aventuras.—"Ay de Gaudalaxara á Madrid X [leguas]; [á] Alcala de Henares, IIII; a Torrejoncillos, II; a la venta de Biueros, III; a Madrid, III y media." *Reportorio de todos los caminos*

horros —que ya habían llegado también con el hato antes, que nosotros veníamos de espacio—, pegóse al coche, dióme a mí la mano para salir del estribo y díjome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar y dos estudiante fregones, de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en la venta, y muchacho, dijo: "Señor huésped, deme lo que hubiere para mí y dos criados. "Todos lo somos de v. m. —dije-

de España... por Pero Juan Villuga, Medina del Campo, 1546.

1 "*Ir horros en el juego,* es no llevarse uno á otro jugando con tercero; y este partido se hace antes de ver las cartas." Covarrubias.—"*Ir horro.* Frase que más regularmente se usa en el juego, y es cuando tres ó cuatro están jugando y dos traen el partido de no tirar en los envites la parte que el otro tuviese puesta si perdiese; lo que se pacta antes de ver las cartas." *(Dicc. Aut.)*

9 *mantellina:* "diminutivo de manta por ser corta, que no cubre aun el medio cuerpo." Covarrubias. Distinguíanse en el traje los estudiantes pobres de los otros escolares, á quienes servían; se les llamaba capigorristas o capigorrones, á causa de la gorra —distinta del bonete cuadrado de los estudiantes acomodados— y de la capa ó bernia: "Una capa larga á modo de manto, grosera como manta frazada; por delante tiene como una faja ó guarnición de mayor pelo hecho rendijas: desta usaban hoy ha sesenta años en Salamanca los estudiantes pobres." Covarrubias.—Acerca de las costumbres universitarias en esta época véase el interesante libro de Gustave Reynier, *La Vie Universitaire dans l'ancienne Espagne;* París, 1902.

ron al punto los rufianes— y le hemos de servir. Hola, huésped, mirá que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la dispensa." Y diciendo esto llegóse uno y quitóle la capa, diciendo: "Descanse v. m., mi señor", y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas: "¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es v. m. su criado?" Yo respondí creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó á él medio llorando, y, dándole un abrazo apretadísimo, dijo: ¡Oh mi señor don Diego! ¡Quién me dijera á mí agora diez años que había de ver yo á v. m. desta manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá v. m.!" El se quedó admirado y yo también, que juramos entrambos no habelle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo: "¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontralle y conocelle, según está de grande! Dios le guarde"; y empezó a santiguarse. ¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo: "Dejen eso, que después de cenar se ha-

blará, que se enfría." Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron: "Cene v. m., que entre tanto que á nosotros nos adrezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa." "¡Jesús! —dijo don Diego—, vs. ms. se asienten si son servidos", y á esto respondieron los rufianes —no hablando con ellos—: "Luego, mi señor, que aun no está todo á punto." Yo cuando vi á los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo, dijeron: "No es razón que donde está un caballero tan principal se queden estas damas por comer; mande v. m. que alcancen un bocado." El, haciendo del galán, convidólas; sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron sino un cogollo en cuatro bocados, el cual se comió don Diego, y al dársele aquel maldito estudiante le dijo: "Un agüelo tuvo v. m., tío de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba, ¡qué hombre era tan cabal!" Y diciendo esto, se puso un panecillo, y el otro, otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar solo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron: "Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance. que mi señor don Diego nos

hace merced á todos." No bien se lo dijeron cuando se sentó; ya cuando vió mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes: "No cene mucho, señor, que le hará mal", y replicaba el maldito estudiante: "Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá." Yo y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián y dijo: "¡Oh pecador de mí! No habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vs. ms. Ah, señor huésped, déles todo lo que hubiere, ve aquí un doblón." Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo —digo el escolar—, y dijo: "Aunque v. m. me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía; ¿conoce por dicha á mi señor primo? El dará á sus criados, y aun a los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros.—No se enoje v. m., que no le conocían." Maldiciones le eché cuando vi tan grande disimulación, que no pensé acabar.

Levantaron las mesas, y todos dijeron á don Diego que se acostase; él quería pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando; preguntóle su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba don

Tal Coronel. En malos infiernos arda el embustero en dondequiera que está. Vió el avariento que dormía, y dijo: "¿V. m. quiere reír? Pues hagamos alguna burla á este viejo que no ha comido sino un pero en todo el camino y es riquísimo." Los rufianes dijeron: "Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón." Con esto se llegó y sacó al pobre viejo que dormía de debajo de los pies unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas había y en su lugar puso piedras, palos y lo que halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo: "Pues aún no basta, que bota tiene." Sacóla el vino, y desenfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa, y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora que quedaba ó media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gabán echó una gran piedra y fuése á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y al levantarse no podía levantar la capilla del gabán; miró lo que era, y el mesonero adrede le riñó, diciendo: "Cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esta piedra? ¿Qué les parece

á vs. ms., si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago." Juraba y perjuraba diciendo que no había metido él tal en la capilla. Los rufianes hicieron la cuenta y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Leganés la suma. Decían los estudiantes: "Como hemos de servir á v. m. en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto." Almorzamos un bocado y el viejo tomó sus alforjas, y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas á escuras debajo el gabán, y agarrando un yesón untado, echóselo en la boca y fuéle á hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y á hacer gestos de asco y de dolor. Llegamos todos á él, y el cura el primero, diciéndole qué tenía. Comenzóse á ofrecer á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo: "Arriedro vayas, Satán, cata la cruz." Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era y pidió le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino que él traía en la bota. Dejáronle, y sacándola abrióla, y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entonces acabó de perder la pa-

7 *Juan de Leganés*, famoso aritmético, del que habla Luis Zapata en su *Miscelánea*.

ciencia el viejo, pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche, y aun no bien había comenzado á caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decía: "Señor nuevo, á pocas estrenas como ésta envejecerá." El cura decía: "Sacerdote soy, allá se lo dirán de misas." Y el estudiante maldito voceaba: "Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma y no después." El otro decía: "Sarna dé á v. m., señor don Diego." Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas llegamos á la villa, apeámonos en un mesón, y en todo el día —que llegamos á las nueve— acabamos de contar la cena pasada y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.

CAPITULO V

DE LA ENTRADA EN ALCALÁ, PATENTE Y BURLAS QUE ME HICIERON POR NUEVO

Antes que anocheciese salimos del mesón á la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía ó sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy grande cosecha desta gente y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino; digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme, pues, el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento; ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, o por ser natu-

6 *puerta de Santiago:* hoy no existe; se encontraba al norte de la ciudad, cerca de la iglesia y calle que hoy llevan ese nombre. V. la *Historia de la ciudad de Cómpluto*, por el Dr. D. Miguel de Portilla, Alcalá, 1725, tomo I, págs. 242 y 263.

ral suyo dellos, que no es mucho tenga mala condición quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodamos la cama y lo demás, y dormimos aquella noche. Amaneció, y helos aquí en camisa todos los estudiantes de la posada á pedir la patente á mi amo. El, que no sabía lo que era, preguntóme que qué querían. Y yo, entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones, y sola tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga. Pidieran dos docenas de reales; diéronselos, y cantando comenzaron una grita del diablo, diciendo: "Viva el compañero y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos." Y con esto —¡mire v. m. qué privilegios!— volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas. A mi amo apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general; pero yo, que había de entrar en otro diferente y fuí solo, comencé á temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien el pie, cuando me encararon y empezaron á decir: "Nuevo." Yo, por disimular, di en reír como que no hacía caso, mas no bas-

6 *Patente:* "La contribución que hacen pagar, por estilo, los más antiguos al que entra de nuevo en algún empleo ú ocupación. Es como entre los estudiantes en las universidades..." *(Dicc. Aut.)*

tó, porque llegándose a mí ocho ó nueve comenzaron á reírse. Púseme colorado —nunca Dios lo permitiera—, pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo: "Por resucitar está este Lázaro, según hiede", y con esto todos se apartaron tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos y dije: "Vs. ms. tienen razón, que güele muy mal." Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo acatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo: "Esto hago." Yo entonces, que me vi perdido, dije: "Juro á Dios que me la..." Iba á decirle, pero fué tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver, sin duda, cómo tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera: "Basta, no le matéis." Yo, que según me trataban, creí dellos que lo harían, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias; levantó la infernal gente una grita que me atur-

dieron, y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no había dónde, sin llevarse en las manos la mitad del aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme, y iba hecho aljufaina de viejo á pura saliva; fuíme á casa, que apenas acerté á entrar en ella, y fué por ventura el ser de mañana, porque sólo topé dos ó tres muchachos, que debían ser bien inclinados, porque no me tiraron más de cuatro ó seis trapazos, y luego se fueron. Entré en casa, y el morisco, que me vió, comenzó á reirse y hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije: "Tened, huésped, que no soy *Ecce-Homo*." Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda de costa, medio baldado, subí arriba, y en buscar por dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho rato; al fin le quité y me eché en la cama y colgué en una azotea. Vino mi amo, y como me halló durmiendo y no sabía la asquerosa aventura, enojóse y comenzóme á dar repelones con tanta priesa que á dos más me despierta calvo. Levantéme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo: "¿Es buen modo de servir éste, Pablos? Ya es otra vida." Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije:

"Bien me anima v. m. en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo que ha servido de pañizuelos á las mayores narices que se han visto en paso de Semana Santa", y con esto empecé á llorar. El, viendo mi llanto, creyólo, y buscando la sotana y viéndola, compadecióse de mí, y dijo: "Pablos, abre el ojo que asan carne; mira por ti, que aquí no tienes otro padre ni madre." Contéle todo lo que había pasado y mandóme desnudar y llevar á mi aposento, que era donde dormían cuatro criados de los huéspedes de casa. Acostéme y dormí, y con esto á la noche, después de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en uno, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar diciendo: "No se hiciera entre luteranos. ¡Hay tal maldad!" Otro decía: "El retor tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran?" Yo respondí que no, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía estaba con mi padre y mis hermanos.

Debían de ser las doce cuando el uno de ellos me despertó a puros gritos, diciendo: "¡Ay, que me matan! ¡Ladrones!" Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo. Yo levanté la cabeza y dije: "¿Qué es eso?", y apenas me descubrí cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé a quejarme, quíseme levantar; quejábase el otro también y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: "¡Justicia de Dios!" Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó —por haberme tirado las frazadas abajo— remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hícelo así, y al punto los tres que dormían empezaron á dar gritos también; y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entre tanto, aquel maldito que estaba junto á mí se pasó á mi cama y proveyó en ella y cubrióla; y pasándose á la suya, cesaron los azotes, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo: "Es gran bellaquería, y no ha de pasar así." Yo todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que parecía un galgo con calambre. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme á mi cama, preguntando si acaso

7 *con hijos:* con canelones que son los extremos de los ramales de las disciplinas, más gruesos y retorcidos que ellos. (Véase *Dicc. Aut.*)

les habían hecho mal: todos se quejaban de muerte.

Acostéme y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños me revolcase, cuando desperté halléme sucio hasta las trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no había diablos que me moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, había hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y muy disimulados á preguntarme cómo estaba; y yo les dije que muy malo, porque me habían dado muchos azotes. Preguntábales yo qué podía haber sido, y ellos decían: "A fe que no se escape, que el matemático nos lo dirá. Pero dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho"; y diciendo esto, fueron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi amo entró diciendo: "¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo? Son las ocho, ¿y estáste en la cama? Levántate en noramala." Los otros, por asegurarme, contaron á don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir, y decía uno:

5 *trenzas:* "Dos cañas atravesadas en el tercio postrero de la colmena, las cuales sirven de señal que al castrarlas no se pase de allí. Cuando se ha metido en algún lodazal hasta darle en los pechos, solemos decir que entró en él hasta las trenzas." Covarrubias.

"Y si v. m. no lo cree, levanta, amigo", y agarraba de la ropa. Yo la tenía asida con los dientes por no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no había remedio por aquel camino, dijo uno: "¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede!" Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos á mirar si había en el aposento algún servicio; decían que no se podía estar allí. Dijo uno: "Pues es muy bueno esto para haber de estudiar." Miraron las camas, y quitáronlas para ver debajo, y dijeron: "Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle á una de las nuestras, y miremos debajo della." Yo, que veía poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra, fingí que me había dado mal de corazón; agarréme á los palos [y] hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo: "¡Gran lástima!" Don Diego me tomó el dedo de corazón, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento. "Pobre dél", decían los grandísimos bellacos; yo hacía el desmayado. "Tírele v. m. mucho dese dedo del corazón"; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían: "El pobrecito agora sin duda se ensució cuando le

dió el mal." ¡Quién diría lo que yo pensaba entre mí, lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo y á peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo que me le diesen—que ya me tenían los cordeles en los muslos—, hice que había vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habían hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo: "¡Jesús, y qué flaco sois!" Yo lloraba de enojo, y ellos decían adrede: "Más va en vuestra salud que en el haberos ensuciado; callá", y con esto me pusieron en la cama después de haberme lavado, y se fueron.

Yo no hacía á solas sino considerar cómo casi era más lo que había pasado en Alcalá en un día que todo lo que me sucedió con Cabra. A mediodía me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude —lavándola como gualdrapa— y aguardé á mi amo, que, en llegando, me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana; y después, juntándonos todos á parlar en el corredor, los otros criados, después de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos; doblóseme mi afrenta, y dije entre mí: "Avison, Pablos, alerta." Propuse de hacer nueva vida, y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de la casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

CAPITULO VI

DE LAS CRUELDADES DEL AMA Y TRAVESURAS QUE YO HICE

"Haz como vieres", dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro á v. m. que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa y los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un día entraron dos puercos del mejor garbo que vi en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dije á uno: "Vaya y vea quién gruñe en nuestra casa." Fué y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería y atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas, y diciendo esto, envaséle á cada uno —á puerta cerrada— la espada por los pechos y luego los acogotamos; y por que no se oyese el ruido que hacían, todos á la par dábamos grandísimos gritos como que

cantábamos, y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte, que cuando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de prisa, que en verdad que por no detenernos las habíamos dejado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo, pues, don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera que obligaron á los güéspedes —que de risa no se podían valer— á volver por mí. Preguntábame don Diego qué había de decir si me acusaban y me prendía la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría á hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese diría: "Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros." Riéronse todos de la disculpa. Dijo don Diego: "A fe, Pablos, que os hacéis á las armas." Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso, y á mí tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabía el ama de contento porque éramos

---

16 Véase pág. 17, n. 1. Comp. además: "A Iglesia me llamo. (El que huye de la ley del rey.)" G. Correas, *Vocabulario*, edic. del P. Mir, pág. 1 *b*.

21 "*Hacerse a las armas.* (Acostumbrarse a las cosas.)" Correas, *Vocabulario*, pág. 629 *b*.

los dos al mohino; habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque simpre iba de más á menos, y la vez que podía echar cabra ó oveja, no echaba carnero, y si había huesos, no entraba cosa magra; y así, hacía unas ollas tísicas, de puro flacas; unos caldos, que, á estar cuajados, se podían hacer sartas de cristal de- [llos]. Las dos Pascuas, por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solía echar unos cabos de velas de sebo. Ella decía —cuando yo estaba delante— á mi amo: "Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso; consérvele v. m., que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae." Yo, por el consiguiente, decía della lo mismo, y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceite de por junto, carbón ó tocino, escondíamos la metad, y cuando nos parecía decíamos el ama y yo: "Modérense vs. ms. en el gasto, que en verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbón. Pero

1 *Eramos los dos al mohino.* "*Mohino.* En el juego se llama aquel contra quien van los demás que juegan... *Tres al mohino.* Frase que, además del sentido recto del juego, se usa para significar la conjuración ó unión de algunos contra otro en alguna especie." *(Dicc. Aut.)*

tal priesa se han dado. Mande v. m. comprar más, y á fe que se ha de lucir de otra manera; denle dineros á Pablicos." Dábanmelos, y vendíamosle la metad sisada, y de lo que comprábamos la otra metad, y esto era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo en la plaza por lo que valía, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decía como enojada: "No me digáis á mí, Pablicos, que estos son dos cuartos de ensalada." Yo hacía que lloraba, daba muchas voces, y íbame á quejar á mi señor y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego muy satisfecho de mí: "Así fuese Pablicos aplicado á virtud como es de fiar; toda esta es la lealtad. ¿Qué me decís vos dél?"

Tuvímoslos desta manera chupándolos como sanguijuelas; yo apostaré que v. m. se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió ser, pero no obligaba á restitución, porque el ama confesada y comulgaba de ocho á ocho días, y nunca le vi rastro ni imaginación de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traía un rosario al cuello siempre tan grande, que era más barato llevar un haz de leña á cuestas. Dél colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de

perdonés. En todas decía que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos, y en verdad que había menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez y acababa con el *Conquibules* —que ella decía— y en la *Salve Rehila*. Decía las oraciones en latín adrede para fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Tenía otras habilidades; era conqueridora de voluntades y corchete de gustos, que es lo mismo que alcagüeta; pero disculpábase conmigo diciendo que le venía de casta, como al rey de Francia curar lamparones.

Pensará v. m. que siempre estuvimos en paz, pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenía gana de comerla una; tenía doce ó trece pollos grandecitos, y un día, estando dándoles de comer, comenzó á decir: "pío, pío", y esto muchas ve-

7 *Justo Juez:* una oración que comienza con estas palabras.

8 *Conquibules,* cum quibus.

9 *Salve Rehila,* Salve Regina.

16 "Los reyes de Francia dicen tener gracia de curar los lamparones, y el primer rey inglés, que fué Eduardo, tuvo la misma gracia; y de algunos particulares también se ha dicho." Covarrubias.

ces. Yo, que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dije: "¡Oh cuerpo de Dios, ama! ¿No hubiérades muerto un hombre ó hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos!" Ella, como vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algún tanto y dijo: "Pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más." "¿Cómo burlas? ¡pesia tal! Yo no puedo dejar de dar parte á la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado." "¿Inquisición?", dijo ella, y empezó á temblar; "pues ¿yo he hecho algo contra la fe?" "Eso es lo peor", decía yo; "no os burléis con los inquisidores; decid que fuistes una boba y que os desdecís, y no neguéis la blasfemia y desacato." Ella con el miedo dijo: "Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme?" Respondíle: "No, porque sólo os absolverán." "Pues yo me desdigo", dijo; "pero dime tú de qué, que no lo sé yo"; así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos." "¿Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo lo diga, que el desacato es tal que me acobarda. ¿No os acordáis que dijisteis á los pollos "pío, pío", y es Pío nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papaos el pecadillo." Ella quedó como muerta, y dijo: "Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fué con malicia. Yo me

desdigo; mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición." "Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices me los deis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados, y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo." Ella muy contenta dijo: "Pues llévatelos, Pablos, agora, que mañana juraré." Yo, por más asegurarla, dije: "Lo peor es, Cipriana —que así se llamaba—, que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos, que yo, pardiez que temo." "Pablos —decía cuando me oyó esto—, por amor de Dios, que te duelas de mí y los lleves, que á ti no te puede suceder nada." Dejéla que me lo rogase mucho, y, al fin —que era lo que quería—, determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo: "Mejor se ha hecho que yo pensaba; quería el familiarcito venir tras mí á ver la mujer, pero lindamente le he engañado y negociado." Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde había dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados. Supo el ama

y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena que por poco se muriera, y de enojo no estuvo á dos dedos —á no tener por qué callar— de decir mis sisas.

Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no la podía burlar, busqué nuevas trazas de holgarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve —que ya anda poca gente— por la calle Mayor, vi una confitería y en ella un cofín de pasas sobre el tablero, y tomando vuelo, vine, agarréle, di á correr; el confitero dió tras mí y otros criados y vecinos. Yo, como iba cargado, vi que aunque les llevaba ventaja, me habían de alcanzar, y al volver una esquina sentéme sobre él y envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir con la pierna en la mano: "¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado." Oyéronme esto, y en llegando empecé á decir: "Por tan alta señora", y lo ordinario de "la hora menguada y aire corruto." Ellos se venían desgañifando, y dijéronme: "¿Va por ahí un hombre, hermano?" "Ahí delante, que aquí me pisó, loado sea el Señor."

---

12 *Cofín:* "Es un género de cesto ó espuerta, tejido de esparto, en que suelen llevar higos y pasas á vender los moriscos; pero los cofines antiguos dicen eran de mimbres." Covarrubias

Arrancaron con esto y fuéronse; quedé solo, llevéme el cofín á casa, conté la burla y no quisieron creer que había sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidé para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podía tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero —por lo que le sucedió al otro de las pasas— alerta. Vine, pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije: "Muera", y tiré una estocada por delante del confitero; él se dejó caer pidiendo confesión, y yo di la estocada en una caja y la pasé y saqué en la espada y me fuí con ella. Quedáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decía que le mirasen, que sin duda le habían herido, y que era un hombre con quien había tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al derredor, echó de ver la burla y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar en nombre revesado.

---

27 *revesado.*—Sabido es que en el mundo de los pícaros se usaba una lengua especial con el fin de no ser comprendidos; de aquí el habla *revesada*, que en mu-

Yo, como era muchacho y veía que me alababan el ingenio con que salía destas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada día traía la pretina de jarras de monjas, que les pidía para beber y me venía con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y así, prometí á don Diego y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál había de ser, y fuimos juntos, yo delante, y en columbrar la justicia lleguéme con otro de los criados de casa muy alborotado, y dije: "¿Justicia?" Respondieron: "Sí." "¿Es el corregidor?" Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije: "Señor, en sus manos de v. m. está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande v. m. oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prisión." Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y díjele: "Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mío por robarlos, y le está probado esto, y vienen acompañando, según le he oído decir, á una espía francesa, y aun sospecho, por lo que les he oído, que es —y abajando más la voz dije— de An-

chos casos consistía, realmente, en volver la palabra del revés.

tonio Pérez." Con esto el corregidor dió un salto hacia arriba y dijo: "¿Adónde están?" "Señor, en la casa pública; no se detenga v. m., que las ánimas de mi madre y hermanos se lo pagarán en oraciones, y el rey." "Hacia Jesús. No nos detengamos; seguidme todos, dadme una rodela." Yo le dije, tornándole á apartar: "Señor, perderse ha si v. m. hace eso; antes importa que todos entren sin espadas y uno á uno, que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos." Cuadróle al corregidor la traza con la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas hierbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa: pusiéronlas y caminaron. Yo, que había avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hízolo así, y al entrar todos, quedéme atrás el postrero, y en entra[n]do ellos mezclados con otra gente que iba, di cantonada, y emboquéme por una callejuela que va á dar cerca la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos que entraron y no vieron nada, porque no había sino estudiantes y pícaros, que es todo uno, comenzaron á buscarme, y no me hallando

24 *dar cantonada:* como hoy "dar esquinazo".

sospecharon lo que fué; yendo á buscar sus espadas, no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa, y yo, por que no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano y un cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir; los demás, rezando las letanías. Llegó el rector y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada, antes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí, y con tanto se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levantéme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá.

Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacía monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros, y mesas de fruteras —que nunca se me olvidara la afrenta de cuando fuí rey de gallos— sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenía sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello de alderredor. Con estas y otras cosas

7 *tocador:* "el ornamento de la cabeza... que usa el hombre de noche". Covarrubias.

comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apenas me dejaban servir á don Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenía.

CAPITULO VII

DE LA IDA DE DON DIEGO Y NUEVAS DE LA MUERTE DE MIS PADRES, Y LA RESOLUCIÓN QUE TOMÉ EN MIS COSAS PARA ADELANTE

En este tiempo vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tío mío llamado Alonso Ramplón, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la Justicia, pues cuantas allí se habían hecho de cuatro años á esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero un águila en el oficio. Vérsele hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este, pues, me escribió una carta á Alcalá, desde Segovia, en esta forma:

CARTA

"Hijo Pablos —que por el mucho amor que me tenía me llamaba así—: Las ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado su majestad no me han dado lugar á hacer esto, que si algo tiene malo el servir al rey,

es el trabajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho días ha con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo; dígolo como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pie en el estribo; veníale el sayo baquero que parecía haberse hecho para él, y como tenía aquella presencia, nadie le veía con los cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando á las ventanas y haciendo cortesías á los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, y íbales alabando lo que decían bueno. Llegó á la de palo, puso el un pie en la escalera, no subió á gatas ni de espacio, y viendo un escalón hendido, volvióse á la justicia, y dijo que mandase adrezar aquel para otro, que no todos tenían su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la soga y púsola en la nuez, y viendo que el teatino le quería predicar, vuelto á él le dijo: "Padre, yo lo doy por predicado, y vaya un poco de Credo y acabemos presto, que no querría parecer prolijo." Hízose ansí; encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las babas; yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no había más que pedir. Hí-

cele cuartos y dile por sepultura los caminos; Dios sabe lo que a mí me pesa de verle en ellos haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros desta tierra nos consolarán, acomodándole en los de á cuatro. De vuestra madre, aunque está viva agora, casi os puedo decir lo mismo; que está presa en la Inquisición de Toledo, porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Dícese que daba paz cada noche á un cabrón en el ojo que no tiene niña. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que á una capilla de milagros, y lo menos que hacía era sobrevirgos y contrahacer doncellas. Dicen que representaba en un auto el día de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte; pésame, que nos deshonra á todos, y á mí principalmente, que al fin soy ministro del rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en todo hasta cuatrocientos ducados; vuestro tío soy, lo que tenga ha de ser para vos. Vista ésta, os podréis venir aquí, que con lo que vos sabéis de latín y retórica seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y entre tanto Dios os guarde. Etc."

No puedo negar que sentí mucho la nueva

5 *los de á cuatro:* pastel de á cuatro reales.
10 *dar paz:* besar. *(Dicc. Acad.)*

afrenta, pero holguéme en parte:—tanto pueden los vicios en los padres que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos. Fuíme corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías que había oído decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre, que á él pesaba dejarme, y á mí más. Díjome que me acomodaría con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: "Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenía, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre." Declaréle cómo había muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda, y cómo me había escrito mi señor tío el verdugo desto y de la prisioncilla de mama; que á él, como quien sabía quien yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto, al otro día él se fué a Segovia harto triste, y yo me quedé en

16 *mi piedra en el rollo:* "Es costumbre en la villa irse á sentar á la grada del rollo á conversación, y los honrados tienen ya particular asiento, que ninguno se lo quita; y vale tanto como ser hombre de honra." Covarrubias.

19 *le... hicieron moneda:* le hicieron cuartos.

la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque, perdiéndoseme, acaso no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia con intención de cobrar mi hacienda y conocer mis parientes, para huir dellos.

CAPITULO VIII

DEL CAMINO DE ALCALÁ PARA SEGOVIA, Y LO QUE ME SUCEDIÓ EN ÉL HASTA REJAS, DONDE DORMÍ AQUELLA NOCHE

Llegó el día de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una mula y salíme de la posada, adonde no tenía que sacar más de mi sombra. ¿Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por la casa, por el arrendamiento? Uno decía: "Siempre me lo dijo el corazón." Otro: "Bien me decían á mí que éste era un trampista." Al fin, yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia á la metad dél llorando y á la otra metad riéndose de los que lloraban.

Ibame entreteniendo por el camino conside-

rando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, el cual iba hablando entre sí con muy gran prisa, y tan embebecido, que, aun estando á su lado, no me veía. Saludéle y saludóme; preguntéle dónde iba, y después que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si bajaba el turco y de las fuerzas del rey. Comenzó á decir de qué manera se podía ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguimos en la conversación propia de pícaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Flandes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir: "Más me cuestan á mí esos estados que al rey, porque ha catorce años que ando con un arbitrio que, si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado." "¿Qué cosa puede ser —le dije— que, conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer?" "¿Quién dice á v. m. —dijo luego— que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa. Y si no fuera por dar pesadumbre á v. m., le contara lo que es; pero allá se verá, que agora lo pienso imprimir con otros trabajillos; entre los cuales le doy al rey modo

1 *Torote:* arroyo que nace en la provincia de Guadalajara y desagua en el Henares, entre Alcalá y Torrejón.

de ganar á Ostende por dos caminos." Roguéle que los dijese, y, sacándole de las faldriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: "Bien ve v. m. que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas y quitarle de allí." Di yo con este desatino una gran risada; y él, mirándome á la cara, me dijo: "A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que á todos les da gran contento." "Ese tengo yo por cierto —le dije— de oír cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta v. m. que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar á echar más." "No hará la mar tal cosa, que lo tengo yo eso por muy apurado —me respondió—; fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar por aquella parte doce estados."

No le osé replicar, de miedo que me dijese tenía arbitrio para tirar el cielo acá abajo: no vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Juanelo no había hecho nada; que él trazaba agora de

---

1 *ganar á Ostende.*—El sitio de esta plaza por el Marqués de Spínola duró desde julio de 1601 á septiembre de 1604.

21 *Juanelo.*—Juanelo Turriano, natural de Cremona, logró elevar las aguas del Tajo á lo más alto de Toledo mediante un complicado *artificio* que funcionó con éxito durante un tercio de siglo en tiempo de Felipe II. V. conde de Cedillo, *Toledo en el siglo XVI* (Discurso de recepción en la Academia de la Historia), páginas 93 y 150.

subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera más fácil: y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire v. m. quién tal oyó en el mundo! Y, al cabo, me dijo: "Y no lo pienso poner en ejecución si primero el rey no me da una encomienda, que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada." Con estas pláticas y desconciertos llegamos á Torrejón, donde se quedó, que venía á ver una parienta suya.

Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando, Dios enhorabuena, desde lejos vi una mula suelta y un hombre junto á ella á pie, que, mirando un libro, hacía unas rayas que medía con un compás. Daba vueltas y saltos á un lado y otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacía mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato —que me paré desde algo lejos á verlo— que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintióme; cerró el libro, y al poner el pie en el estribo, resbalósele y cayó. Levantéle, y díjome: "No tomé bien el medio de proporción para hacer la circunferencia al subir." Yo no entendí lo que me dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cúya era la es-

pada que llevaba al lado; respondíle que mía, y, mirándola, dijo: "Esos gavilanes habían de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas." Y empezó á meter una parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haría bueno en cualquiera parte. Yo, movido á risa, le dije: "Pues en verdad que por lo que yo vi hacer á v. m. en el campo, que más le tenía por encantador, viendo los círculos." "Eso —me dijo— era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor, cautivando la espada para matar sin confesión al contrario, por que no diga quién lo hizo." Y estaba poniéndolo en términos de matemática. "¿Es posible —le dije yo— que hay matemática en eso?" Dijo: "No solamente matemática, más teología, filosofía, música y medicina." "Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte." "No os burléis —me dijo—, que ahora aprendéis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores que comprehendan en sí las espirales de la espada." "No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande." "Pues ese libro las dice —me respondió—, que se llama

22 *limpiadera:* "instrumentos con que se limpian las ropas ó los vestidos". Covarrubias.

Grandezas de la espada, y es muy bueno y dice milagros. Y, para que lo creáis, en Rejas, que dormiremos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudéis que cualquier que leyere en este libro matará todos los que quisiere." "O ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso —dije yo— algún doctor." "¿Cómo doctor? Bien lo entiende —me dijo—; es un gran sabio, y aun estoy por decir más."

En estas pláticas llegamos a Rejas; apeámonos en una posada, y, al apearnos, me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas y que, reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reír, y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huésped, y díjole: "Señor, déme v. m. dos asadores para dos ó tres ángulos, que al momento se los volveré." "¡Jesús —dijo el huésped—. Déme acá v. m. los ángulos, que mi mujer los asará, aunque aves son que no las he oído nombrar." "Que no son aves —dijo volviéndose á mí—. ¡Mire v. m. lo que es no saber! Déme los asadores que no los quiero sino para

1 Todo este pasaje es una intencionadísima sátira contra don Luis Pacheco de Narváez, autor del *Libro de la Grandeza de la espada en que se declaran muchos secretos del que compuso el comendador Gerónimo de Carranza* (Madrid, 1600), dirigida a Felipe III.

esgrimir; que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida." En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto, y decía: "Con este compás alcanzo más y gano los grados del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural; esta había de ser cuchillada y ésta tajo." No llegaba a mí desde una legua, y andaba alderredor con el cucharón; y como yo no estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale estando al fuego. Díjome: "Al fin, esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber!"

No lo había acabado de decir cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con un sombrero enjerto en guardasol, y un coleto de ante, bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas á lo águila imperial; la cara, con un *per signum crucis de inimicis suis;* la barba, de ganchos, con unos oigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas; y mirando

8 *movimiento remiso:* uno de los que señala el citado libro de Pacheco de Narváez.

12 *tretas contra olla.*—Los maestros de esgrima solían servirse de maniquíes para ensayar los golpes ó tretas; como aquí hay cucharón en vez de espada, el objeto de las tretas ha de ser una olla.

al suelo, dijo: "Yo soy examinado y traigo la carta; y por el sol que calienta los panes, que haga pedazos, á quien tratare mal á tanto buen hijo como profesa la destreza." Yo, que vi la ocasión, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenía de qué picarse. "Meta mano á la blanca, si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones." El pobre de mi compañero abrió el libro y dijo en altas voces: "Este libro lo dice, y está impreso con licencia del rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharón y sin el cucharón, aquí y en otra parte; y si no, midámoslo"; y sacó el compás y comenzó á decir: "Este ángulo es obtuso." Y entonces el maestro sacó la daga y dijo: "Yo no sé quién es Angulo, ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero con ésta en la mano le haré pedazos." Acometió al pobre diablo, el cual empezó a huir, dando saltos por la casa, diciendo: "No me puede herir, que le he ganado los grados del perfil." Metímoslos en paz el huésped y yo y otra gente que había, aunque de risa no me podía mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él; cenamos, y acostámonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa y empieza á andar á escuras por el apo-

4 Así *Z.*, 1628.—*Z.*, 1626: "profesaba destreza."
7 *blanca:* la espada blanca, por oposición á las negras mencionadas arriba, usadas en los asaltos.

sento, dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mí; y, no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que había hallado objeto fijo á la estocada sagita por la cuerda. El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco, y con esto se subió y me dijo que si me quería levantar vería la treta tan famosa que había hallado contra el turco y sus alfanjes; y decía que luego se la quería ir á enseñar al rey, por ser en favor de los católicos. En esto amaneció, vestímonos todos y pagamos la posada. Hiciéronlos amigos á él y al maestro, el cual se apartó diciendo que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacía más locos que diestros, porque los más, por lo menos, no lo entendían.

5 *sagita:* "Porción de recta comprendida entre el punto medio del arco de círculo y el de su cuerda." *(Dica. Acad.)*

CAPITULO IX

DE LO QUE ME SUCEDIÓ HASTA LLEGAR Á MADRID CON UN POETA

Yo tomé mi camino para Madrid y él se despidió de mí por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído: "Por vida de v. m. que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento." Yo le prometí hacerlo; tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso.

Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenía para profesar honra y virtud, pues había menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme á mí estos pensamientos honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decía á solas:

"Más se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus agüelos." En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una mula, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de adónde venía. Yo le dije que de Alcalá. "Maldiga Dios —dijo él— tan mala gente, pues faltaba entre tantos un hombre de discurso." Preguntéle que cómo ó por qué se podían decir tal del lugar donde asistían tantos doctos varones, y él, muy enojado, dijo: "¿Doctos? Yo le diré á v. m. que tan doctos, que haciendo catorce años que hago yo en Majalahonda —donde he sido sacristán—, las chanzonetas al Corpus y al Nacimiento no me premiaron en el cartel unos cantarcitos que, por que vea v. m. la sinrazón que me hicieron, se los he de leer." Y comenzó desta manera:

Pastores, ¿no es lindo chiste,
Que es hoy el señor san Corpus Christe?
Y es el día de las danzas
En que el Cordero sin mancilla
Tanto se humilla,
Que visita nuestras panzas,
Y entre estas bienaventuranzas

14 *Majalahonda*, hoy Majadahonda, provincia de Madrid. Comp.: "El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda." *Quijote*, II, 19.

16 *Cartel:* "el escrito que se pone en tiempo de fiestas por los que han de ser mantenedores de justas y torneos ó juegos de sortijas, al pie del cual firman los aventureros." Covarrubias.

Entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
Pues nuestro bien consiste,
Pastores, ¿no es lindo chiste, etc.

"¿Qué pudiera decir más —me dijo— el mesmo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores;* más me costó de un mes de estudio." Yo no pude con esto tener la risa, que á borbollones se me salía por los ojos y narices, y dando una gran carcajada, dije: "¡Cosa admirable!; pero sólo reparo en que llama v. m. señor san Corpus Christe, y Corpus Christi no es santo, sino el día de la institución del Santísimo Sacramento." "¡Qué lindo es eso —me respondió haciendo burla—. Yo le daré en el calendario, y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza." No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; antes le dije que eran dignas de cualquier premio y que no había leído cosa tan graciosa en mi vida." "¿No? —dijo al mismo punto—, pues oiga v. m. un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil vírgines, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica." Yo, por excusarme de oír tanto millón de octavas, le supliqué no me di-

2 *sacabuche:* "instrumento de metal que se alarga y recoge en sí mesmo; táñese con los demás instrumentos de chirimías, cornetas y flautas. Dícese así porque cualquiera que no estuviese advertido le parecía cuando se alarga sacarle del buche." Covarrubias.

jese cosa á lo divino, y así me comenzó á recitar una comedia que tenía más jornadas que el camino de Jesuralén. Decíame: "Hícela en dos días, y este es el borrador", y sería hasta cinco manos de papel. El título era *El arca de Noé*. Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalís, como fábulas de Isopo. Yo se la alabé la traza y la invención, á lo cual me respondió: "Ello cosa mía es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo, y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa." "¿Cómo se podrá representar —le dije yo—, si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?" "Esa es la dificultad, que, á no haber ésa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremés monas." "Por cierto, alta cosa es esa." "Otras más altas he hecho yo —dijo— por una mujer á quien amo, y ve aquí novecientos y un soneto y doce redondillas —que parece que contaba escudos por maravedís— hechos á las piernas de mi dama." Yo le dije que si se las había visto él, y respondióme que no había hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo á tantos versos malos, y así, comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres; "pues empezaré por uno

donde las comparo á ese animal", y empezaba luego. Yo, por divertille le decía: "¿Ve v. m. aquella estrella que se ve de día?" A lo cual dijo: "En acabando éste le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos dellos." Afligíme tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegábamos á Madrid, no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños olían a poeta no quedaría troncho que no se viniese por sus pies tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme que la leyese si la tenía, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuimos á una, adonde él se acostumbraba [á] apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos; unos le conocieron por el olor, y otros por la voz; diéronle una barbanca de bienvenido. Abrazólos á todos y luego comenzaron unos á pedirle oración para él Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase

---

23 *Barbanca:* "Lo mismo que vocería, rociada ó habla de muchos que dicen á un mismo tiempo una cosa, lo que se entiende confusamente por no entenderse bien de ninguno." *(Dicc. Aut.)*

á gestos; otros pidieron de las Animas, que por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome: "Más me han de valer trescientos reales los ciegos, y así, con licencia de v. m., me recogeré agora un poco para hacer alguna dellas, y en acabando de comer oiremos la premática." ¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos que ganan de comer con los que lo son.

CAPITULO X

DE LO QUE HICE EN MADRID Y LO QUE ME SUCEDIÓ HASTA LLEGAR Á CERCEDILLA, DONDE DORMÍ

Recogióse un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidieron se leyese la premática. Yo, por no haber otro quehacer, la saqué y la leí; la cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decía deste tenor:

Premática contra los poetas güeros, chirles y hebenes.

Dióle al sacristán la mayor risa del mundo, y dijo: "¡Hablara yo para mañana! Por Dios que entendí hablaba conmigo, y es sólo contra los poetas hebenes." Cayóme á mí muy en gracia oirle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo y comencé el primer capítulo, que decía:

"Atendiendo á que este género de sabandi-

jas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos, aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más inormes;—mandamos que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos. Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

"Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol —como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas—, les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas, como á la caza y pesca, por que no se agoten con la prisa que les dan.

"Item, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres, declaramos que nos tenemos por desquitados en este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquél está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales." Aquí no la pudo sufrir el sacristán. y levantándose en pie, dijo:

"¡Mas no, sino quitarnos las haciendas! No pase v. m. adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad, y en prosecución della gastaré lo que tengo. Bueno es que yo, siendo eclesiástico, hubiese de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal premática, y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia." En parte me dió gana de reír; pero por no detenerme —que se me hacía tarde—, le dije: "Señor, esta premática es hecha por gracia, que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad." "¡Oh pecador de mí! —dijo muy alborotado—. Avisara v. m., que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe v. m. qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oír eso? Prosiga v. m., y Dios se lo perdone el susto que me dió." Proseguí diciendo:

"Item, advirtiendo que después que dejaron ser moros —aunque todavía conservan algunas reliquias— se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos, de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encen-

3 *Mil y quinientas:* Era una última apelación judicial, de que conocía una sala del Consejo de Castilla; cuando en todas las instancias se había fallado el pleito, no quedaba otro remedio sino depositar *mil y quinientas* doblas y recurrir ante aquel tribunal. (V. *Novísima Recopilación*, lib. IV, tít. V, ley I.)

didas, y tan embebecidos en su música, que no pacen, mandamos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de soledad, y á los demás —por ser oficio alegre y de pullas— que se acomoden en mozos de mulas."

"Algún puto, cornudo, bujarrón, judío ordenó tal cosa, y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaría á un hombre lampiño como yo la ermita! ¿Y un hombre vinajeroso y sacristán ha de ser mozo de mulas? Ea, señor, que son grandes pesadumbres esas." "Ya le he dicho á v. m. —repliqué yo— que son burlas y que las oiga como tales." Proseguí diciendo:

"Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón á Castilla, ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora." Esto le cayó muy en gracia, porque traía él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cascarrias, que para enterrarse no era menester más que estregársela encima; el manteo, podíanse con él estercolar dos heredades.

Y así, medio riéndome, le dije que mandaba también "tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan —y que como á tales no les enterrasen en sagrado—, á las mujeres que se enamorasen de poetas á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de redondillas, canciones

y sonetos que había habido estos años fértiles, mandamos que los legajos, que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelación." Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decía así:

"Pero advirtiendo con los ojos de piedad, que hay tres géneros de gentes en la república tan sumamente miserables que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes, mandamos que pueda haber algunos oficiales desta arte, con tal que tengan carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes; limitando á los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamiento, y á los ciegos que no sucedan los casos en Tetuán, desterrándoles estos vocablos, *hermanal y pundonores*, y mandámosles que para decir *la presente obra* no digan *zozobra*, y á los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil* ni *Pascual*, que no jueguen de vocablo ni hagan los pensamientos de tornillo que, mudándoles el nombre, se vuelvan á cada fiesta.

"Y, finalmente, mandamos á todos los poetas en común que se descarten de Júpiter. Venus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte."

A todos los que oyeron la prematica pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado della; sólo el sacristanejo comenzó á

jurar por vida de las vísperas solemnes, *introibo* y *kiries*, que era sátira contra él, por lo que decía de los ciegos, y que él sabía mejor lo que había de hacer que nadie. Y últimamente dijo: "Hombre soy yo que he estado en una posada con Liñán, y he comido más de dos veces con Espinel", y que había estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que había visto á don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenía en su casa un retrato del divino Figueroa, y que había comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy día los traía y malos. Enseñólos, y dióles esto á todos tanta risa, que no querían salir de la posada.

Al fin, ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí dél, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el puerto. Quiso Dios que, porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado; lue-

6 *Liñán:* Pedro Liñán de Riaza, poeta contemporáneo de Lope de Vega, incluído por Pedro Espinosa en sus *Flores de Poetas ilustres.* V. *Rimas,* de P. L. de Riaza, Zaragoza, 1876, y *Pedro Espinosa,* por Rodríguez Marín, págs. 171 á 173.

11 *Figueroa:* Francisco de Figueroa (1536-1620?), sobrenombrado el *divino;* quedan pocas poesías suyas, y su mérito principal consiste en haber cultivado el verso suelto con más perfección que sus predecesores.

12 *Padilla* Pedro de Padilla, famoso como repentizador de versos, coleccionó el *Jardín Espiritual* (1585), y tomó el hábito de carmelita en Madrid en 6 de agosto de 1585; poco más se sabe dél, sino que nació en Linares y siguió estudios en Granada. V. R. Marín: *Barahona,* pág. 36.

go trabamos plática; preguntóme que si venía de la Corte. Dije que de paso había estado en ella. "No está para más —dijo luego—, que es pueblo para gente ruin; más quiero, ¡voto á Cristo! estar en un sitio la nieve á la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien." A esto le dije yo que advirtiese que en la Corte había de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de suerte. "¡Que estimaban —dijo muy enojado— si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas!" Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de incordio como el sol es claro; luego, en los calcañares, me enseñó otras dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mías que tengo, que habían sido sabañones. Quitóse el sombrero y mostróme el rostro: calzaba diez y seis puntos de cara, que tantos tenía en una cuchillada que le partía las narices. Tenía otros tres chirlos, que se la volvían mapa á puras líneas. "Estas —me dijo— me dieron en París en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de ma-

7 *superchería* no significa solamente "engaño" ó "fraude", como dice el *Dicc. de la Acad.*, sino además "atropello" ó "abuso de fuerza".

las obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, ¡voto á Cristo!, hombre, ¡vive Dios!, tan señalado"; y decía verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y á enseñarme papeles, que debían de ser de otro á quien había tomado el nombre. Yo los leí, y dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habían hecho lo que él. Saltó en esto y dijo: "¿Cómo lo que yo? ¡Voto á Dios! que ni García de Paredes, Julián Romero ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! Sí, que entonces sí que no había artillería. ¡Voto á Dios! que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte v. m. en Flandes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen." "¿Es v. m. acaso?" —le dije yo; y él me respondió—: "¿Pues qué otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto, que parece mal alabarse el hombre."

Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño con una barba tan larga, que

---

11 *Diego García de Paredes* (1466-1530), natural de Trujillo, fué un notable guerrero que tomó parte en la guerra de Italia con el Rey Católico y con el Emperador. Su vida fué escrita por D. Tomás Tamayo de Vargas en 1621.—D. Lucas de Torres, en la *Revista de Archivos*, de 1911, publicó una biografía de este personaje.

11 *Julián Romero*, maestre de campo en Flandes, con D. Luis de Requeséns. V. F. Barado, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*, 1906.

hacía lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludámosle con el *Deo gratias* acostumbrado, y empezó á alabar los trigos y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo: "¡Ah, padre! Más espesas he visto yo las picas sobre mí; y, ¡voto á Cristo! que hice en el saco de Amberes lo que pude; sí, ¡juro á Dios!" El ermitaño le reprehendía que no jurase tanto. El soldado le respondía: "Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio." Dióme á mí gran risa de ver en lo que ponía la soldadesca, y eché de ver era algún picarón, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia, cuando no de todos. Llegamos á la falda del puerto: el ermitaño, rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas de madera, que á cada Avemaría sonaba un cabe; el

---

7 Tuvo lugar el saco de Amberes el 18 de noviembre de 1576, durante el mando de D. Juan de Austria. Las tropas españolas entraron en la ciudad, "y la mayor parte amotinada no fué posible que el saco se les resistiese, si bien se echó un bando que nadie saquease so pena de la vida..." Gachard, *Correspondance de Philippe II*, tomo V, pág. 50.

19 V. pág. 75, n. 21. *Cabe:* "En el juego de la argolla es la distancia que hay de una á otra bola, que para ser o, por lo menos ha de caber en medio la paleta sin tocar á ninguna de las dos, y de aquí tomó el nombre; y cabe de paleta el que está tan junto que de una bola á otra no hay más tierra ó suelo del que puede tomar la paleta tendida en medio, y errarle es de ruines jugadores; y para ser cabe ha de hacer que la bola de su contrario, tocada con el golpe de la suya,

soldado iba comparando las peñas á los castillos que había visto, y mirando cuál lugar era fuerte y adónde se había de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temía el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. "¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte de este puerto —decía—, y hiciera buena obra á los caminantes!"

En estas y otras conversaciones llegamos á Cercedilla: entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido; mandamos aderezar la cena; era viernes y, entre tanto, el ermitaño dijo: "Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos Avemarías"; y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo: "No, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad." Yo, cudicioso, dije que jugaría otros tantos, y el ermitaño, por no hacer mal servicio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, que eran hasta docientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que

pase de la raya del juego, y vale dos piedras ó pedradas." Covarrubias.

15 *el descuadernado:* la baraja.

25 *al parar:* "juego de cartas en que se saca una para los puntos y otra para el banquero, y de ellas gana la primera que hace pareja con las que van saliendo de la baraja". *(Dicc. Acad.)*

dijo que no sabía el juego, é hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida; retiróla el ladrón con las ancas de la mano, que era lástima: perdía una sencilla, y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos "pesias", aforrados en "porvidas". Yo me comí las uñas mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba: acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas; y él —tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los cientos— dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos; que no había de tratar de otra cosa. "No juren —decía—; que a mí, porque me encomendaba á Dios, me ha sucedido bien." Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenía de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte. "¡Pesia tal! —decía el pobre alférez (que él me dijo entonces lo que era)—: entre luteranos y moros me he visto; pero no he padecido tal despojo." El se reía á esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenía ya blanca, pedíle que me diese de cenar y que pagase hasta Segovia la posada por los dos, que íbamos en *púribus*. Prometió hacerlo; metióse sesenta güevos. ¡No vi tal en mi vida! Dijo que se iba á

acostar: dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traía, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostámonos; el padre se persinó, y nosotros nos santiguamos dél; durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin remedio.

Hízose hora de levantar; pidió luz muy aprisa; trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronse los papeles. El pobre alférez hundía la casa á gritos, pidiendo que se le diese los servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo, y trajo tres bacines, diciendo: "He aquí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios?", entendiendo que nos habían dado cámaras. Aquí fué ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, jurando que le había de matar porque hacía burla dél —que se había hallado en la Naval, San Quintín y otras—, trayéndole servicios en lugar de los papeles que le había dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aún no podíamos. Decía el huésped: "Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas." Apaciguámoslos, y

tornamos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le había hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño y de ver que no le habíamos podido quitar el dinero.

Topamos con un ginovés —digo desto antecristos de las monedas de España— que subía el puerto, con un paje detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabamos conversación con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzón, y si era bien dar dineros ó no á Visanzón; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió riéndose: "Es un pueblo de Italia donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamamos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda"; de lo cual sacamos que en Visanzón se llevaba el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino contando que estaba perdido porque había quebrado un cambio que le tenía más de sesenta mil escudos; y todo lo juraba por su conciencia, aunque yo pienso que conciencia en mercaderes es como virgo en cotorrera, que se vende sin haberse. Nadie casi

13 *Visanzón:* Besanzón, capital del Franco Condado, donde desde los tiempos de Carlos V se reunían numerosos cambistas y banqueros.

tiene conciencia de todos los deste trato, porque como oyen decir que muerde por muy poco, han dado en dejarla con el ombligo en naciendo.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada vi á mi padre en el camino aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tío —fuera del rollo— mejor en el pueblo, no hallé nadie de quien echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón dél, diciendo que no le conocían. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando, estando en esto, oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tío de las suyas. Venía una procesión de desnudos, todos descaperuzados, delante de mi tío; y él, muy haciendo de pencas, con una en la mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laúdes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre —á quien había dicho, preguntando por él, que era un gran cabayero yo—, veo á mi buen tío; y echando en mí los ojos —por pasar cerca—, arremetió á abra-

18 *precursor de la penca:* "el pregonero".

zarme, llamándome sobrino. Penséme morir de vergüenza; no volví á despedirme de aquél con quien estaba. Fuíme con él, y díjome: "Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo." Yo, que me vi á caballo, y que en aquella sarta parecería punto menos de azotado, dije que le aguardaba allí; y así, me aparté tan avergonzado, que á no depender dél la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes.

Acabó de repasarles las espaldas, volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

CAPITULO XI

DEL HOSPEDAJE DE MI TÍO, Y VISITAS; LA COBRANZA DE MI HACIENDA, Y VUELTA Á LA CORTE

Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero, en casa un aguador; entramos en ella, y díjome: "No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios." Subimos por una escalera, que sólo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la horca. Entramos en un aposento bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpias y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le respondí que no lo tenía de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tío! Díjome que había tenido ventura en topar con él en tan buena ocasión, porque comería bien, y

13 "*penca* se llama el azote del verdugo, por ser ancha como la penca del cardo." Covarrubias.

tenía convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los pies, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo són con la cajeta, dijo: "Tanto me han valido á mí las ánimas hoy como á ti los azotados; encaja." Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas, en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si había venido Clemente. Dijo mi tío que no, cuando Dios y en hora buena, envuelto en un capucho, y con unos zuecos entró un chirimía de la bellota, digo un porquero: conocílo por el —hablando con perdón— cuerno que traía en la mano; y para andar al uso sólo erró en no traelle encima de la cabeza. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo y bizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del rey, un coleto de ante. Traía la cara de punto, porque á puros chirlos la tenía toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de casa, y á mi tío le dijo: "A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso." Saltó el de las ánimas, y dijo: "Cuatro ducados di yo á Flechilla, verdugo de Oca-

6 *mamona:* lo mismo que "hacer la mamola". "Vulgarmente se toma por una postura de los cinco dedos de la mano en el rostro de otro, y por menosprecio solemos decir que le hizo la mamona." Covarrubias.

ña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas cuando me palmearon." "¡Vive Dios! —dijo el corchete—, que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia; porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacón me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas." Y el porquero, concomiéndose, dijo: "Aun están con virgo mis espaldas." "A cada puerco le viene su san Martín" —dijo el demandador. "Alabarme puedo yo —dijo mi buen tío— entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo: sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla."

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba con mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza: echómelo de ver el corchete, y dijo: "¿Es el padre el que padeció el otro día, á quien se dieron ciertos empujones en el envés?" Yo dije que no era hombre que padecía como ellos. En esto se levantó mi tío, y dijo: "Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto." Pidiéronme perdón, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tío. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cár-

21 *empujones en el envés:* "azotes".
24 *supuesto:* persona de alta posición ó suposición.

cel, subieron la comida de un bodegón que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, sólo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogía al vuelo, y hacía más razones que decíamos todos. No había memoria de agua, y menos voluntad della.

Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, después de haber quitado los hojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem æternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tío: "Ya os acordáis, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre." Vínoseme a la memoria: ellos comieron, pero yo pasé con los suelos solos, y quedéme con la costumbre; y así, siempre que cómo pasteles, rezo un avemaría por el que Dios haya.

Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerto lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que trayendo un plato de salchichas, que parecían de dedos de negro, dijo uno que para qué traían pebetes guisados. Ya mi tío estaba tal, que alargando la mano y asiendo una, dijo —con la

voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acosado y el otro nadando en mosto—: "Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imagen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta." Yo que vi al corchete que, alargando la mano tomó el salero y dijo: "Caliente está este caldo"; y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo: "Bueno es el avisillo para beber", y se lo echó todo en la boca; comencé a reirme por una parte y rabiar por otra. Trajeron caldo, y el de ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo: "Dios bendijo la limpieza." Para sorbérsela á la boca se la puso en el carrillo, y, volcándola, se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. El, que se vió así, fuése á levantar; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa —que era destas movedizas—, trastornóla y manchó á los demás: tras esto decía que el porquero le había empujado. El porquero que vió que el otro se le caía encima, levantóse, y alzando el instrumento de güeso, le dió con él una trompetada; asiéronse á puños, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración, el porquero vomitó cuanto había comido en las barbas del de la demanda. Mi tío, que estaba más en juicio, decía que quién había traído a su

8 *avisillo:* "excitante para beber"; comp. "llamativo de alcaparrones".

casa tantos clérigos. Yo, que vi que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos, y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tío en la cama, el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenía, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormían los otros, no había hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no había habido jamás quien supiese en él más tonadas, y que él quería tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté dellos hasta que vi que dormían. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo.

Torné á casa á la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba á gatas por el aposento buscando la puerta, y diciendo que se les había perdido la casa. Levantéle y dejé dormir á los demás hasta las once de la noche, que despertaron, y esperezándose, preguntó uno que qué hora era. Respondió el porquero —que aun no la había desollado—, que no era nada, sino la siesta, y que hacía grandes bochornos. El demandador, como pudo, dijo que le diesen la capilla. "Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento". y fuese, en lugar de ir á la puerta,

á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces diciendo que el cielo estaba estrellado á mediodía y que había un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo, que vi la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas vilezas é infamias que veía yo, ya me crecía por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despachélos á todos uno por uno, lo mejor que pude, y acosté á mi tío, que aunque no tenía zorra, tenía raposa, y yo acomodéme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche, y á la mañana traté con mi tío de reconocer mi hacienda y cobralla de presto, diciendo que estaba molido, y que no sabía de qué. Echó una pierna, levantóse, tratamos largo en mis cosas y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de parte de mi hacienda —aunque no de toda—, y así, me la dió de unos trecientos ducados que mi buen padre había ganado por sus puños y dejádolos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba á diez leguas á la redonda. Por no cansar á v. m. digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tío no había bebido ni gastado, que fué harto para ser hom-

12 *Zorra:* "borrachera".

bre de tan poca razón, porque pensaba que yo me graduaría con éste, y que estudiando podría ser cardenal, que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenía por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenía: "Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quién parecer; dinero llevas, yo no te he de faltar, que cuanto sirvo y cuanto tengo, para ti lo quiero." Agradecíle mucho la oferta; gastamos el día en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tío y el porquero y demandador; éste jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver cómo se barajaban la taba: cogiéndola en el aire el que la echaba, y meciéndola en la muñeca, se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque había siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fueron, acostámonos mi tío y yo, cada uno en su cama, que ya había proveído para mí un colchón. Amaneció, y antes que él despertase yo me levanté y me fuí a una posada sin que me sintiese: torné á cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera.

Como he dicho, me fuí a un mesón á esconder y aguardar comodidad para ir á la corte. Dejéle en el aposento una carta cerrada, que contenía mi ida y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no lo había de ver.

CAPITULO XII

DE MI HUÍDA, Y LOS SUCESOS EN ELLA HASTA LA CORTE

Partía aquella mañana del mesón un arriero con cargas á la corte; llevaba un jumento, alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta fuera del lugar. Salió y espetéme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo: "Allá quedarás, bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates."

Consideraba yo que iba á la corte, donde nadie me conocía —que era la cosa que más me consolaba—, y que había de valerme por mi habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso. Pero volvamos á las cosas que el dicho mi tío hacía, ofendido con la carta, que decía en esta forma:

CARTA

"Señor Alonso Ramplón: Tras haberme Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre en Toledo —donde, por lo menos, sé que hará

humo—, no me faltaba sino ver hacer en v. m. lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al rey y á Dios."

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diría contra mí. Volvamos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde lejos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto, el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así, emparejando, le saludé. Miróme y dijo: "Irá v. m., señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato." Yo, que entendí que lo decía por coche y criados que dajaba atrás, dije: "En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche; porque —aunque v. m. vendrá en el que trae detrás con regalo— aquellos vulcos que da inquietan." "¿Cuál coche detrás?", dijo él muy alborotado; y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traía, la cual era tan

11 *portante:* "el paso ligero de las caballerías".
27 *agujeta:* "La cinta que tiene dos cabos de metal, que, como aguja, entra por los agujeros." Covarrubias.

sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veía sino una ceja, y que traía tapado el rabo de medio ojo, le dije: "Por Dios, señor, que si v. m. no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrelle, porque vengo también atacado únicamente." "Si hace v. m. burla —dijo él con las chaondas en la mano—, vaya; porque no entiendo eso de los criados." Y aclaróseme tanto —en materia de ser pobre—, que me confesó, á media legua que anduvimos, que si no le hacía merced de dejalle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la corte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Y movido á compasión, me apeé; y como él no podía sacar las calzas, húbele yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento: por la parte de atrás, que cubría la capa, traía las cuchilladas con entretela de nalga pura. El, que sintió lo que había visto, como discreto, se previno diciendo: "Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer á v. m. en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. Como destos hojaldres cubren en el mundo lo que v. m. ha tentado." Yo le dije que le aseguraba me había persuadido á muy diferentes cosas de las que veía.

8 *chaondas*, "lo mismo que *cachondas*, calzas, en lenguaje plebeyo" (Fernández Guerra).

24 El *Conde de Irlos ó Dirlos* era sobrino de Carlo Magno.

"Pues aun no ha visto nada v. m. —replicó—; que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí v. m. un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre, y por la misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caído en la cuenta de ejecutorias, después que, hallándome en ayunas un día, no quisieron dar sobre ella en un bodegón dos tajadas. ¡Pues decir que no tienen letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es, y con todo, hoy muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero —que todos estos nombres tenía— se perdió en una fianza; sólo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad del, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, hazadón, podón, baldón, bordón y otros así."

Confieso que aunque iban mezcladas con risas, las calamidades del dicho hidalgo, me entretuvieron. Preguntéle cómo se llamaba y adónde iba y á qué. Dijo que todos los nombres de su padre: Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez

de Ampuero y Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba á la corte, porque un mayorazgo raído como él en un pueblo corto olía mal á dos días, y no se podía sustentar; y que por eso se iba á la patria común, adonde caben todos y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer y refocilo de lo vedado, porque la industria en la corte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca. Yo vi el cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la corte los que no tenían, como él, porque me parecía dificultoso; que no sólo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas. "Muchos hay de esos, hijo, y muchos destotros: es la lisonja llave maestra que abre á todas voluntades en tales pueblos. Y porque no te se haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarás de esa duda."

CAPITULO XIII

EN QUE EL HIDALGO PROSIGUE EL CAMINO Y LO PROMETIDO DE SU VIDA Y COSTUMBRES

"Lo primero has de saber que en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes —como yo— que no se les conoce raíz ni mueble ni otra cosa de la que descienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros, güeros, chanflones, chirles, traspillados y caninos. Es nuestra abogada la industria; pasamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones y convidados por fuer-

---

13 *Chanflón:* lo tosco, basto, mal formado... Se llama también la moneda mal formada, tosca y falsa, que no pasa." *(Dicc. Aut.)*

14 *traspillarse:* "Enflaquecerse, debilitarse demasiadamente. Dícese, especialmente, cuando esto proviene de la larga falta de alimento." *(Dicc. Aut.)*

za; sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro y representamos un capón: entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de güesos de carnero y aves, mondaduras de frutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de día. Reñimos en entrando al güésped: "¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza? — Perdone v. m., que han comido aquí unos amigos, y estos criados...", etc. Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite.

Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas? En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar —que se sepa que está en la mesa— decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado, decimos que no; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias; si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado, decimos: "Ahora deje v. m., que le quiero servir de maestresala; que solía, Dios le tenga en el cielo —y nombramos un señor muerto, duque ó conde—, gustar más de ver-

me partir que de comer." Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: "¡Oh qué bien güele! Cierto que haría agravio á la guisadera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene!" Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa de algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devoción que necesidad.

Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve y despabila las velas, trae orinales, cómo mete naipes y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato.

Tenemos de memoria para lo que toca á vestirnos toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oración, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos: que como tenemos por enemigo declado al sol, por cuanto nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante

y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de días de aire y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en día claro andamos con las piernas muy juntas y hacemos las reverencias con solos los tubillos, porque si se abren las rodillas se verá el ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia; *verbi gratia:* bien ve v. m. esta ropilla, pues primero fué gregüescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas y antes camisas, hijas de sábanas, y después de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos, y después hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ellas que en un guijarro, que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar en barberos prevenimos siempre de

14 *soleta:* la planta de la media. *(Dicc. Acad.)*

15 *escarpín:* "La funda de lienzo que ponemos sobre el pie debajo de la calza, como la camisa debajo del jubón." Covarrubias.

aguardar que otro de los nuestros tenga pelambre y entonces nos la quitamos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: "Ayudaos como buenos hermanos." Y tenemos cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo.

Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo con todo el pescuezo de fuera, haciendo cortesías por que nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos aunque miren á otra parte.

Si nos come delante de algunas damas, tenemos trazas para rascarnos en público sin que se vea; si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte, señalamos con las manos aquellas que nos comen rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y como en el pecho, nos damos *sanctus* aunque sea en el *introibo;* levantámonos y arrimándonos á una esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques y condes en las conversaciones,

14 *estribo:* el asiento junto á la portezuela.

unos por amigos, otros por deudos, y advertimos que los tales señores, ó estén muertos ó muy lejos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando*, que veda la orden damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la güéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre; y aunque comiendo tan poco y bebiendo tan mal no se puede cumplir con tantas, por su tanda todas están contentas.

Quien ve estas botas mías, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, ¿por qué ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar a un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado, no. Lo uno porque así es gran ornato de la persona, y después de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento porque se ceba el hombre en el almidón, chupándole con destreza. Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y con esto vive en la corte. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero, en fin, se vive, y el que se sabe vadear es rey con poco que tenga."

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido

6 *recuesta:* demanda de amores.

con ellas y con otras, me llegué á pie hasta las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traía blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería. Declaréle mis deseos antes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habían de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor, para introducirme en la corte con los demás cofrades del estafón, y posada en compañía de todos. Aceptéla, no declarándole que tenía los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le había hecho y hacía, á obligarle á mi amistad.

Compréle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

---

6 *chirlería:* "estafa" y "merodeo" en lengua de germanía.

LIBRO SEGUNDO

DE LA VIDA DEL BUSCÓN

CAPITULO I

DE LO QUE ME SUCEDIÓ EN LA CORTE LUEGO QUE LLEGUÉ HASTA QUE ANOCHECIÓ

A las diez de la mañana entramos en la corte: fuímonos á apear, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio. Llegamos á la puerta, y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habían ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo él en animarme á la profesión de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los pies, más raída que su vergüenza. Habláronse los dos en germanía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablamos un rato, y sacó un guante con

diez y seis reales, y una carta, con la cual —diciendo que era licencia para pidir para una pobre— los había allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponía, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté que no se desarrebozaba, y pregunté —como nuevo, para saber— la causa de estar siempre envuelto en la capa; á lo cual respondió: "Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar." Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traía gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran á modo dellas, cuando él —para entrarse á espulgar— se arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón, que tría atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacían apariencias debajo del luto, porque el tal no traía camisa ni gregüescos; que apenas tenía que espulgar, según andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías, que dicen: "Espulgador hay"; porque no entrase otro. Grandes gracias di á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas. "Yo

20 El traje de luto consistía en llevar capuz, "una capa cerrada larga que hoy traen algunos por luto" Covarrubias.

—dijo mi buen amigo— vengo del camino con mal de calzas; y así, me habré de recoger á remendar." Preguntó si había algunos retazos; y la vieja —que cogía trapos dos días en la semana por las calles, como las que tratan en papel para curar incurables cosas de los caballeros— dijo que no, y que por falta de trapos se estaba, quince días había, en la cama, de mal de ropilla, don Lorenzo Iñiguez del Pedroso.

En esto estábamos cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traía —mire v. m., quién tal pensara— la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa; y él con gran disimulación dijo: "Haráse á las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba." Yo dije que por galantería y por dar lugar á la vista. "Antes por estorbarla —dijo—; sepa que es por que no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver." Y diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no había podido dar aquéllas. Traía cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponía la firma de quien le parecía; escribía nuevas que inventaba á las personas más honradas, y dábalas en aquel traje, cobrando

los portes, y esto hacía cada mes: cosa que me espantó ver la novedad de la vida.

Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valón, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, por que no se viese el angeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no eran más de lo que se descubrían, y lo demás de bayeta colorada. Este venía dando voces con el otro, que traía valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada

---

1 El mismo Quevedo fué víctima de una burla semejante, urdida por un fraile gallego á poder de quien llegaron las *Cartas del caballero de la Tenaza*. La carta que recibió, publicada por Fernández Guerra (Rivad., XXIII, 453 *n.*), dice así: "He leído las cartas que vuesa merced ha puesto del *Caballero de la Tenaza*, y las muchas razones y diferentes medios que propone para que los hombres se libren de las embestiduras de las mujeres; pero no he hallado ninguno por donde vuesa merced se libre de pagar esos dos reales de porte. Afloje la bolsa y añada un remedio más á su *Caballero*, que de lo contrario se le quedará corta la tenaza. Dios guarde á vuesa merced el humor y la salud largos y felices años y á mí me deje verlo.—Doctor fray Benito Bernardo de Morales."—*Al margen:* "San Bernardo, Santiago de Galicia, 17 de enero de 1613."

4 *valón:* "un cierto género de zaragüelles ó de gregüescos al uso de los valones." Covarrubias.

6 *angeo:* "es una tela de estopa ó lino basto que se trae de Francia ó de Flandes, si no tomó el nombre de algún lugar como otras: Holanda, Ruan, Cambray, etcétera; de todas las telas ninguna es más ancha." Covarrubias.—"se trae comúnmente de la provincia de Anjou, en Francia." *(Dicc. Aut.)*

7 *chamelote:* Tejido que antes se hacía con pelo de camello y después con pelo de cabra y lana. *(Diccionario de la Academia.)*

en trapajos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habíalo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y á título de soldado entraba en cualquiera parte. Decía el de la ropilla y casi gregüescos: "La metad me debéis, ó por lo menos mucha parte. Si no me la dais, juro á Dios..." "No jure á Dios —dijo el otro—; que en llegando á casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos." Si daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado: "¿A mí chanzas? No llevaréis ni medio. Han de saber vs. mercedes que estando en San Salvador llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí atento á que le vió no sé qué cosa que traía en las manos. Llevómele, y dijo —nombrándome alférez—: "Mire v. m. qué le quiere este niño"; y como le entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre, que los enviaba á alguno de aquel nombre. Pídeme agora la mitad, y antes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices." Juzgóse la causa en su favor: sólo se le contradijo al sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comu-

nidad, haciendo dellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas, que el sonarse estaba vedado.

Llegó la noche; acostámonos tan juntos, que parecíamos herramientas en estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los más; que con acostarse como andaban de día cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

CAPITULO II

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA COMENZADA Y OTROS RAROS SUCESOS

Amaneció el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos —que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas. Era de ver á uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración á cada uno, como á sacerdote que se viste; á cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas, y la venía á hallar adonde menos convenía asomada; otro pidía guía para ponerse el jubón, y en media hora no se podía averiguar con él.

Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro. Cuál para culcusirse debajo del brazo, estirándole se hacía L. Uno, hincado de rodillas, remedaba un cinco de guarismo: socorría á los cañones. Otro, por ple-

21 *cañones:* "Eran antiguamente un par de medias de seda que usaban los hombres muy largas y ajusta-

gar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas se hacía un ovillo. No pintó tan estrañas posturas Bosco como yo vi; porque ellos cosían, y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales habían traído el sábado. Acabóse la hora del remiendo —que así la llamaban ellos— y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que quería trazasen mi vestido, porque quería gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. Eso no, dijeron ellos: el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien: deposité el dinero, y, en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el herreruelo, quedó bueno. Lo que sobró dél trocaron á un sombrero viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos al-

---

das, de las cuales hacían unas arrugas en las piernas, que servía de gala y era muy común entonces. *(Diccionario de Autoridades.)*

3 *Bosco:* Gerónimo van Aken (1450-1516), pintor de la escuela holandesa, nacido en Bois le Duc, de dónde su sobrenombre de "el Bosco".

5 *arrapiezo:* "son las faldas del sayo ó ropa; dijéronse de harapo que vale el ruedo del vestido que cuelga... *Llevar á uno de los arrapiezos* es llevarle asido de la ropa y agarrado." Covarrubias. "El pedazo que cuelga por estar roto y hecho jiras el vestido." *(Dicc. Aut.)*

20 *toquilla:* El adorno que se ponía alrededor de la copa del sombrero. *(Dicc. Acad.)*

godones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no más de por delante; que lados y traseras eran unas camuzas. Las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, los cuales cuatro dedos cubría una bota justa sobre la media colorada que yo traía. El cuello estaba todo abierto, de puro roto; pusiéronmele, y dijeron: "El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. V. m., si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol; si fueran dos y miraren por los lados, saque pies, y para los de atrás traiga siempre el sombrero caído sobre el cogote, de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente; y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso y otros retacillos y un cuchillo; pusiéronme una esquela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo: "Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos: en ésta se encierra todo nuestro remedio: tómela y guárdela." Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así empecé mi jor-

3 "*Atacar*, atar las calzas al jubón con las agujetas." Covarrubias.

nada, saliendo de casa con los otros; aunque por ser nuevo me dieron —para empezar la estafa, como á misacantano— por padrino el mismo que me trajo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomamos el camino para mi barrio señalado: á todos hacíamos cortesía; á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas; á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho más. A uno decía mi buen ayo: "Mañana me traen dineros"; á otro: "Aguárdeme v. m. un día, que me trae en palabras el banco." Cuál le pedía la capa, cuál le daba priesa por la pretina: en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenía cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedía uno el alquiler de la casa, otro el de la espada y otro el de las sábanas y camisas: de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como mula. Sucedió, pues, que vió desde lejos un hombre que le sacaba los ojos —según dijo— por una deuda, mas no podía el dinero; y por que no le conociese soltó detrás de las orejas el cabello, que traía recogido, y quedó nazareno entre verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer mientras el otro venía, que aun no le había visto, por estar ocupa-

do en chismes con una vieja. Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas alrededor, como perro que se quería echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuése diciendo: "¡Jesús!, pensé que era él. A quien bueyes ha perdido..., etcétera." Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal á recoger la melena y el parche, y dijo: "Estos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano, que veréis mil cosas de éstas en el pueblo."

Pasamos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomamos dos tajadas de letuario, y aguardiente de una picarona, que nos lo dió de gracia, después de dar el bienvenido á mi adestrador. Y díjome: "Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; por lo menos esto no puede faltar." Afligíme yo, considerando que aun teníamos en duda la comida, y repliquéle, afligido por parte de mi estómago. A lo cual respondió: "Poca fe tienes en la religión y orden de los caminos. No falta el Señor á los cuervos ni á los grajos, ni aun á los escribanos, ¿y había de faltar á los traspillados? Poco estómago tienes." "Es verdad —dije—, pero temo mucho tener menos y nada en él." En esto estába-

5 *A quien bueyes ha perdido, cencerros se le antojan,* trae Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua.*

12 *letuario:* "preparación farmacéutica, de consistencia de miel, hecha con polvos, pulpa, extractos y jarabes (*Dicc. Acad.* s. v. *electuario*), que se usaba como desayuno."

mos y dió un reloj las doce, y como yo erā nuevo en el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenía hambre como si tal no hubiera comido. Renovada, pues, la memoria, volvíme al amigo y dije: "Hermano, este de la hambre es recio noviciado. ¡Estaba hecho el hombre á comer más que un sabañón y hanme metido á vigilias! Si vos no la tenéis, no es mucho, que criado con hambre desde niño —como el otro rey con ponzoña— os sustentáis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para mascar; y así, yo determino de hacer la que pudiere." "¡Cuerpo de Dios —replicó—, con vos!, pues dan agora las doce, ¿y tanta priesa? Tenéis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No sino comer todo el día! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que antes de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa tenéis, yo me voy á la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos queréis seguirme, venid; y si no, cada uno á sus aventuras." "Adiós —dije yo— que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle." Mi amigo iba pisando tieso y mirándose á los pies; sacó unas migajas de pan que traía para el efeto siempre

en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestidos; de suerte que parecía haber comido. Yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veían me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer á sus costas quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba determinado á quebrantar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luis, adonde vivía un pastelero; asomábase uno de á ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé —del modo que andaba— como perro perdiguero: puestos en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtale; resolvíame otra vez á pagarlo. En esto me dió la una; angustiéme de manera que me determiné de zamparme en un bodegón. Yo, que iba haciendo punta á uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mío, que venía haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino, y tantos ra-

24 *hacer punta:* es una frase tomada del lenguaje de la cetrería; los halcones en su vuelo hacen punta, subiendo y bajando, para dejarse caer sobre la presa.

bos, que parecía un chirrión; arremetió á mí en viéndome —que, según estaba, fué mucho conocerme—. Yo le abracé; preguntóme cómo estaba; díjele luego: "Señor licenciado, ¡qué de cosas tengo que contarle! Sólo me pesa que me he de ir esta noche." "Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, y ir con prisa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido." "¿Qué aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos; que quiero hacer lo que estoy obligado."

Abrí los ojos en oyendo que no había comido; fuíme con él, y empecé á contar que una mujercilla —que él había querido mucho en Alcalá— sabía yo dónde estaba, y que le podía dar entrada en su casa. Pegósele luego el alma al envite, que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegamos tratando en ello á su casa: entramos; yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose otra cosa sino á que yo venía con cuidado por venir á tal hora, comenzaron á decir que si lo supieran que habían de tener tan buen güésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasión y convidéme, diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse y sentéme; y porque el otro lo

1 *rabos:* "las salpicaduras del lodo en las ropas largas". Covarrubias; *chirrión* es un género de carretas cuyas ruedas chirrían.

llevase mejor —que ni me había convidado ni le pasaba por la imaginación—, de rato en rato le pegaba con la mozuela, diciendo que me había preguntado por él, y que le tenía en el alma, y otras mentiras deste modo; con lo cual llevaba mejor el verme engullir, porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con prisa tan fiera, que parecía que aun entre los dientes no la tenía bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el montón de la Antigua de Valladolid —que le deshace en 24 horas—, que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario correo. Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los güesos y el destrozo de la carne; y si va á decir verdad, entre vuelta y juego empedré la faldriquera de

7 *ante:* "el principio ó princípios que se sirven en la comida, como en el pupilaje está obligado el bachiller de pupilos á dar, fuera de la porción de carne, su ante y pos." Covarrubias.—Hay un juego de palabras entre *ante*, en la significación anterior, y la "piel de ante" de un coleto.

13 *montón de la Antigua de Valladolid.* Era fama entre el vulgo que la tierra del cementerio de la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua —fundación de Pero Ansúrez— era trída de apartadas regiones y tenía la propiedad de deshacer los cadáveres en solo un día. Fernández Guerra.

15 *ordinario:* "el gasto que uno tiene para su casa cada día". Covarrubias.

mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho, y estando hablando con él á una ventana hice que me llamaban de la calle, y dije: "¿A mí, señor? Ya bajo." Pidíle licencia, diciendo que luego volvería; quedóme aguardando hasta hoy, que desparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpéme con él, contándole mil embustes, que no importan para el caso.

Fuíme por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara y sentéme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes; quiso Dios que llegaron á la tienda dos —de las que piden prestado sobre sus caras— tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si había algún terciopelo de labor extraordinaria; yo empecé luego, para trabar conversación, á jugar del vocablo del tercio y pelado, y pelo, y apelo, y por peli, y no dejé güeso sano á la razón. Sentí que les había dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda; y

13 *la puerta de Guadalajara:* estaba en la calle Mayor, junto á Platerías, y es hoy la calle de Ciudad Rodrigo. Era lugar de muchas tiendas y punto de reunión de los ociosos.

23 *seguro:* permiso, autorización. Está tomado del lenguaje militar:

> Oyeron una voz alta del muro,
> diciéndole: "Llegaos, que os doy seguro."

Araucana, cant. 12, oct. 6 *(Dicc. Aut.)*

como quien aventuraba á no perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión diciendo que había sido atrevimiento ofrecerles nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habían traído de Milán, que á la noche llevaría un paje —que les dije que era mío por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado—. Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacía sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno, les hacía cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzgaron con esto, y con un escudo de oro que yo saqué de los que traía, con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió, que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde, y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que había de ir el paje. Yo las pedí por favor, y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las había de ver á otro día sin falta. Regatearon dármele; yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podía entrar paje en la suya á todas horas por ser

11 *partes:* "buenas prendas".

gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas escogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenía un coche sin caballos á la puerta; y díjeles que aquélla era, y que allí estaba ella, el coche y dueño para servirlas. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entréme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes —con grande autoridad— con la mano; hice que le decía que se quedasen todos y que me aguardasen allí; y verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tío. Dijo que no; y con tanto acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche escura y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, que era natural de Olías; había sido capitán en una comedia, y se había combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flandes, decía que había estado en la China, y á los de la China, en Flandes. Trataba de formar un campo y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apenas los había visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que había sido

19 *Olías*, provincia de Málaga; *Olías del Rey*, en Toledo.

honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que había leído en unas coplas que andaban desto, y como él no sabía nada de mar —porque no tenía nada de naval más de comer nabos—, dijo, contando la batalla que había tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabía el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con él lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrapajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntámosle la causa, y dijo que había ido á la sopa de San Jerónimo y que pidió porción doblada, diciendo que era para unas personas honrada y pobres. Quitáronselo á los otros mendigos para dárselo, y ellos, con el enojo, siguiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar á otros para sí se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos, chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera que se la dió á oler con más priesa que convenía. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y aun no los podía meter en paz. En fin: se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decía: "Yo volveré lo que he comido", y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que

pidía para otros y no se preciaba de sopón. "¡Miren el todo trapos como muñeca de niños, más triste que pastelería en Cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pía, y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música —decía un estudiantón destos de la capacha, gorronazo—; que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo ó otra cualquier dignidad y se afrenta un don Peluche de comer! Graduado soy de bachiller en artes por Sigüenza." Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio, era descendiente del Gran Capitán, y que tenía deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los güesos.

---

1 *sopón ó gallofero* era el que acudía á la "sopa boba" del convento.

5 *pía:* "El caballo o yegua cuya piel es manchada de varios colores como á remiendos." *(Dicc. Aut.)*

7 *la capacha:* donde recogía el estudiante pobre mendrugos y restos de comida.

14 *brodio:* "el caldo con berzas y mendrugos que se da á la portería de los monasterios de los relieves de las mesas". Covarrubias.—Hoy se dice "bodrio".

CAPITULO III

EN QUE PROSIGUE LA MISMA MATERIA, HASTA DAR CON TODOS EN LA CÁRCEL

Entró Merlo Díaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, había agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena, la cual había trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubría pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba éste quitarse la capa, como que quería jugar, y ponerla con las otras, y luego —como que no hacía partido— iba por su capa y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada

---

8 *sacar de la puja:* "vale exceder á otro que tiene fuerza, habilidad o manejo en alguna cosa. Tómase por lo regular en mala parte, como Pedro es malicioso, pero Juan le saca de la puja". *(Dicc. Aut.)*

16 *argolla:* "juego así dicho porque se pone clavada en tierra una punta ó espiga de hierro, que tiene por cabeza una argolla... con unas rayas hechas al borde de unos de los lados de ella, y con una pala acanalada se tiran unas bolas á embocar por ellas, que si

para ver entrar á don Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos; el cual se había hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que había aprendido de una vieja. Ganaba éste por todos, porque si el que venía á curarse no traía bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faldriquera ó no piaban algunos capones, no había lugar. Tenía asolado medio reino; hacía creer cuanto quería, porque no ha nacido tal artífice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decía verdad. Hablaba del Niño Jesús; entraba en las casas con *Deo gratias;* decía lo del "Espíritu Santo sea con todos". Traía todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacía que se le viese por debajo de la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de narices; hacía creer —concomiéndose— que los piojos eran silicios y que la hambre canina era ayuno voluntario; contaba tentaciones; en nombrando al demonio, decía: "Dios nos libre y nos guarde"; besaba la tierra al entrar en la iglesa; llamábase indigno; no levantaba los ojos á las mujeres, pero las faldas sí. Con estas cosas traía el pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propriamente como encomendarse al diablo; que á más de ser

---

se meten por donde no tienen las rayas, no sólo no se gana, pero es necesario tirar otra vez á deshacer lo hecho". *(Dicc. Aut.)*

jugador, era *cierto* —así se llama el que por mal nombre *fullero*—. Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacío. Pues en lo que toca á mujeres, tenía sus hijos y preñadas dos santeras. Al fin, de los mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendía.

Vino Polanco haciendo gran ruido y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza y campanilla. Andaba de noche desta suerte, diciendo: "Acordaos de la muerte y haced bien por las ánimas, etc." Con esto cogía mucha limosna y entrábase en las casas que veía abiertas, y si no había testigo ni estorbo, robaba cuanto topaba; si le hallaban, tocaba la campanilla y decía —con una voz que él fingía muy penitente—: "Acordaos, hermanos, etc."

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí, por espacio de un mes, en ellos. Volvamos agora á que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razón para venderle; la cual se iba por las casas di-

1 *cierto:* "como he dicho arriba, los gariteros son los encubridores y sabidores de la flor ["trampa"] de los ciertos, y tienen parte en lo que se gana... Hay en cada cuadrilla tres interlocutores: el primero es el *cierto*, el cual anda siempre con naipes hechos unos por la barriguilla, otros por la ballestilla, otros por morros y otros por todas partes, para que si el *bueno* ["el incauto"] no corre de uno y se escalda, se le dé con el otro: de calidad que siempre se le haga la forzosa y se le quite el dinero." *Capitulaciones de la vida de la Corte.* (Rivad., XXIII, 462 *b.*)

ciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacía dél para comer, y ya tenía para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja á cada paso; enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos á todos; traía —encima de muy buena camisa, jubón, ropa, saya y manteo— un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuestas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría. Quiso, pues, el diablo —que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos— que yendo á vender no sé qué ropa y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya; trajo un alguacil, y agarráronme á la vieja que se llamaba la madre Lebrusca. Y confesó luego todo el caso, y dijo cómo vivíamos todos y que éramos caballeros de rapiña.

Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros, y á mí con ellos. Traía media docena de corchetes —verdugos de á pie—, y dió con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.

CAPITULO IV

EN QUE SE DESCRIBE LA CÁRCEL Y LO QUE SUCEDIÓ EN ELLA HASTA SALIR LA VIEJA AZOTADA, LOS COMPAÑEROS Á LA VERGÜENZA Y YO EN FIADO.

Echáronnos á cada uno en entrando dos pares de grillos y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me vi ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo, y sacando un doblón, dije al carcelero: "Señor, óigame v. m. en secreto", y para que lo hiciese dile escudo como cara, y en viéndolo me apartó. "Suplícolo á v. m. —le dije— que se duela de un hombre de bien." Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas a llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y cuatro, diciendo: "Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo." Yo conocí la deshecha y respondíle humilde. Dejóme fuera, y á los amigos descolgáranlos abajo.

16 *veinte y cuatro:* los veinticuatro reales del escudo de oro.

Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles había con nosotros; porque, como nos traían atados y á empellones, unos sin capas y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pías remendados, y otros aloques de tinto y blanco. Aquél, por asirle de alguna parte segura —por estar todo tan manido—, le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, según los tenía roídos la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la soga en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos. Al fin, yo fuí —llegada la noche— á dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traían de día; otros desnudarse de un golpe todo cuanto traían encima; cuáles jugaban. Y, al fin, cerrados, se mató la luz.

Olvidamos todos los grillos; estaba el servicio a mi cabecera, y á la media noche no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio —pensando que eran truenos— empecé á santiguarme y á llamar á santa Bárbara; mas viendo que olían mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olían tanto, que por fuerza detenía las narices en la cama; unos traían cámaras y otros aposentos. Al fin, yo me vi forzado á decirles que

mudaran á otra parte el vidriado, y sobre si le viene muy ancho, ó no, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. El, por levantarse aprisa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á escuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos, y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. Llegó, abrió la sala, entró luz y informóse del caso. Condenáronme todos; yo me desculpaba con decir que en toda la noche me habían dejado cerrar los ojos á puro abrir los suyos. El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daría otro doblón, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinéme á consentir, antes que á pellizcar el talego más de lo que estaba. Fuí llevado abajo, donde me recibieron con arbórbola y placer los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras, y lo primero que nos fué notifi-

21 *albórbolas:* "Hacer uno albórbolas, cuando de una cosa de muy poco momento se hace mucho ruido y se dan muchas voces, que llegado á entender el caso se apacigua fácilmente, como se hace con la olla que yerve y empieza con las albórboras á hincharse y derramarse, pues con sólo espumalla con una cuchara se aquieta y sosiega." Covarrubias.—"Gritos de alegría." (En el *Glosario* de Eguilaz.)

cado fué dar para la limpieza —y no dè la Virgen sin mancilla—, so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenían qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Había en el calabozo un mozo tuerto, alto, bigotado, mohino de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas: traía más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayán; decía que estaba preso por cosas de aire, y así, sospeché yo era por algunos fuelles, chirimías ó abanicos. Y á los que le preguntaban si era por algo desto, respondía que no, sino por pecados de atrás, y pensé que por cosas viejas quería decir, y al fin averigüé que por puto. Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo: "¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humo?

2 *culebrazo:* "Burla pesada, que los presos ordinarios de las cárceles (con especialidad en la Corte) hacen al preso que ha entrado de nuevo, en recompensa ú despique de no haber pagado la patente, la cual se reduce á darle muchos latigazos... y todos se quejan á un tiempo para hacer entender al dolorido no es sólo el que lleva aquella penitencia." *(Dicc. Aut.)*

16 *botiller:* "el que tiene á su cargo la botillería, la despensa de un señor, y tomó el nombre de las botas ó cubetas del vino, aunque haya en ella todo género de vitualla". Covarrubias. En este caso, por extensión, significa el subalterno, el empleado del verdugo.

19 "Miércoles 21 [de enero de 1637], se ha ido continuando el castigo de los presos por el pecado nefando, porque quemaron á don Sebastián de Mendizábal, que ha sido el puto más descocado de cuantos ha habi-

Dios es Dios, que te vindimie de camino." Había confesado éste, y era tan maldito, que traíamos todos con carlancas las traseras como mastines, y no había quien osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenía las asentaderas. Este hacía amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decía que estaba preso por liberalidades, y apurado, eran de manos en pescar lo que topaba. Había sido más azotado que postillón, porque todos los verdugos habían probado la mano en él. Tenía la cara con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenía nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partía. A éstos se llegaban otros cuatro hombres —rapantes como leones de armas— todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo. Decían ellos que presto podrían decir que habían servido á su rey por mar y por tierra. No se podría creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

Todos estos, mohinos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una soga dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados á la postrera faldriquera de la casa; mataron la luz; yo metíme luego debajo la tarima.

---

do en el mundo." *La corte y monarquía de España en los años de 1636 y 37*, edic. Rodríguez Villa, pág. 70.

Empezaron á silbar dos dellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros —que vieron el negocio de revuelta— se apretaron de manera las carnes —ayunas, cebadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos—, que cupieron todos en un resquicio de la tarima; estaban como liendres en cabellos ó chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla, callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron á tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote á don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos y hacían ruido con las prisiones. El, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver cómo con la fuerza que hacían les sonaban los güesos como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pie; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenía el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta. Y no hallando ningún remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir —sin tener cosa de santidad ni aun de bon-

24 *golpes:* "Se llaman las portezuelas que se echan en las casacas, chupas y otros vestidos y sirven de cubrir y tapar los bolsillos." *(Dicc. Aut.)*

dad—, dijo que le dejasen salir, que él pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y á pesar de los otros que se defendían con él, descalabrado y como pudo se levantó y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos, y así, aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podía hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo, porque había piojo con hambre canina, y otro que en un bocado de uno dellos quebraba ayuno de ocho días; habíalos frisones, y otros que se podían echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados dellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo diciendo que me perdonasen si no les hacía mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné á repasar las manos del carce-

16 *ruana:* "la frazada rama y mal parada de que los pobres se sirven en sus camas, y especialmente para espulgarse, poniéndose alrededor de ella." *(Dicc. Aut.)*

lero con tres de á ocho, y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle á decir —después de haber tratado de la causa— cómo yo tenía no sé qué dinero; supliquéle que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que por engaño había incurrido en tal delito. "Crea v. m. —dijo, después de haber pescado la mosca—, que en nosotros está todo el juego, y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré á paz y á salvo."

Fuése con esto y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego García, el alguacil, que importaba el acallarle con mordaza de plata, y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo: "Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender el alcalde divertido —que las más veces lo están—, hacer una acción, destruye un cristiano." Dime por entendido y añadí otros cincuenta reales, y

3 *picarillo:* recuérdese que pícaro significó antes "aquellos mozos que se introducen á servir en los ministerios inferiores, para que le den algo de lo que sobre, por no tener... sueldo". *(Dico. Aut.)*

20 *ayuda de costa:* es lo que se da fuera del salario como recompensa; por analogía con esa frase dice el autor *ayuda de comerse...*

en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad de la cárcel, y últimamente me dijo: "Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud si no es por interés." Cayóme en gracia la advertencia. Al fin, él se fué, y yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos; dejábame entrar en su casa.

Tenía una ballena por mujer y dos hijas del diablo, feas y necias, y de la vida, á pesar de sus caras. Sucedió que el carcelero —que se llamaba Tal Blandones de San Pablo y la mujer doña Ana Moráez— vino á comer, estando yo allí, muy enojado y bufando; no quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo: "¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros, el aposentador, me ha dicho —teniendo palabras con él sobre el arrendamiento— que vos no sois limpia?" "¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco?" —dijo ella—. "Por el siglo de mi agüelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo á sus criados que me limpien?" Y volviéndose á mí, dijo: "Vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís de hebreo. A fe, señor don Pablos, que si le oyera, que yo le acordara que tiene las

espaldas en el aspa de san Andrés." Entonces, muy afligido el alcaide, replicó: "¡Ay, mujer!, que callé porque dijo que en esa teníades vos dos ó tres madejas; que lo sucio no lo dijo por lo puerco, sino por el no le comer." "¿Luego judía dijo que era?" ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana Moráez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?" "¿Cómo hija —dije yo— de Juan de Madrid?" "De Juan de Madrid —respondió ella— el de Auñón. Voto á N. que el bellaco que tal dijo es un judío, puto y cornudo." Y volviéndome á ellas, dije: "Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es y cómo, y esto me toca á mí, y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco; ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos con letras de oro." Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria, y ni yo la tenía ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo, y por que no me cogiese en mentira hice que me salía de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase ni pen-

1 En el *aspa* se recoge lo hilado para ponerlo en madejas; pero el *aspa de San Andrés* es "la cruz de paño ó bayeta colorada que en el capotillo amarillo del mismo material manda poner el Santo Oficio... á los reconciliados con la Iglesia, en penitencia". *(Dicc. Aut.)*

sase más en ello. Yo de rato en rato salía muy al descuido, diciendo: "¡Juan de Madrid! Burlando es la probanza que tengo yo suya." Otras veces decía: "¡Juan de Madrid el mayor! Su padre de Juan de Madrid fué casado con Juana de Acebedo, la gorda", y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosa el alcaide me daba de comer y cama en su casa, y el buen escribano —solicitado dél y cohechado con el dinero— lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafrén pardo, á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregón este: "A esta mujer por ladrona." Llevábale el compás en las costillas el verdugo, según lo que le habían recitado los señores de los ropones. Luego seguían todos mis compañeros en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera. Desterráronlos por seis años; yo salí en fiado por virtud del escribano, y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

CAPITULO V

DE CÓMO TOMÉ POSADA Y LA DESGRACIA QUE ME SUCEDIÓ EN ELLA

Salí de la cárcel, halléme solo y sin los amigos; aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida y á veces entresacada y salida. Ceceaba un poco, tenía miedo á los ratones, preciábase de manos, y por enseñarlas siempre despabilaba las velas; partía la comida en la mesa; en la iglesia siempre tenía puestas las manos; por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cuál de otro; en el estrado de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba á algún juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar las manos; hacía

18 *pizpirigaña:* juego de niños que consiste en pellizcarse las manos y en decir: "Pizpirigaña, | mata la araña | un cochinito | muy peladito | ¿quién lo peló? | La pícara vieja | que está en el rincón. | Alza la mano | que te pica un gallo, | un moñito azul | y otro colorado" (de Málaga).

que bostezaba adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin toda la casa tenía ya tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenían trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores: fuí el uno yo, el otro un portugués, y un catalán. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleite, y lo otro la comodidad de hallármela en la casa. Di en poner en ella los ojos; contábales cuentos que yo tenía estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamentos y que era nigromante, y que haría que pareciese que se hundía la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas —como buenas creederas— tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada, que como no estaba tan bien vestido como era razón —aunque ya me había algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comía—, no hacían de mí el caso que era justo.

Di, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno el primero preguntando por el señor don Ramiro de Guzmán, que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habían dicho que no era de costa el

mudarse los nombres, antes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro, un hombre de negocios, rico, que hizo agora dos asientos con el rey. Desconociéronme en esto las güéspedas, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzmán, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre. "Ese es —replicó— el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene de más de dos mil ducados." Contóles otros embustes; quedaron espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traía á cobrar en mí, de nueve mil escudos; díjoles que me la diesen para que la aceptase, y fuése. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y entrando me dieron la cédula, diciendo: "Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro; ¿cómo que nos esconda v. m. quién es, debiéndonos tanta voluntad?" Yo hice como que me había disgustado por el dejar de la cédula, y fuíme á mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenía dinero, me decían que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no había tal donaire como el mío. Yo, que las vi tan cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas.

3 *asientos:* "contrato ú obligación de alguna cosa, como el asiento de negros, el asiento del tabaco." *(Diccionario de Autoridades.)*

Apartámonos, y una noche, para confirmarlas más en mi riqueza, cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fué esto de verme con tanto dinero para ellas, todo lo que podía desear, porque se desvelaban para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o señor Vasco de Meneses, caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardía por doña Berenguela de Rebolledo, que así se llamaba; enamorábala sentándose á conversación y suspirando más que beata en sermón de Cuaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con él el catalán, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió. Comía á tercianas, de tres á tres días, y el pan tan duro, que apenas le podía morder un maldiciente. Pretendía, por lo bravo, y si no era poner güevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decía que era un piojoso, pícaro, desarropado; el catalán me trataba de cobarde y vil.

---

11 La cruz que precedía al abecedario se llamaba el *Christus*, y de ahí *estar uno en el Christus:* "hallarse uno muy al principio de alguna arte ó ciencia". *(Dicc. Aut.)*

Yo lo sabía todo, y á veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba y recibía mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: "Este atrevimiento, su mucha hermosura de v. m."; decía lo de me abraso, trataba de penar, ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegamos á los túes, y yo, para alimentar más el crédito de mi calidad, salíme de casa y alquilé una mula, y arrebozado y mudando la voz vine á la posada y pregunté por mí mismo, diciendo si vivía allí su merced del señor don Ramiro de Guzmán, señor del Valcerrado y Vellorete. "Aquí vive", respondió la niña, "un caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo". Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese que Diego de Solórzana, su mayordomo que fué de las depositarías, pasaba á las cobranzas, y le había venido á besar las manos. Con esto me fuí y volví á casa de allí á un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenía escondido el señor del Valcerrado y Vellorete; diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor que caía á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, yo, deseoso de gozar de la ocasión, me subí al corredor,

y por pasar desde él al tejado que había de ser, vánseme los pies y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas y quedaron estampadas en las costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones —que son antojadizos dellos los deste oficio—, subieron al tejado. Yo, que vi esto, quíseme esconder detrás de una chiminea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron á palos y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho, porque como yo la había dicho que sabía hacer burlas y encantamentos, pensó que había caído por gracia y nigromancia, y no hacía sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos, y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir. Comenzó luego á hacer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribió que eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzmán y rióse mucho. Yo, triste —que me había visto moler á palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razón y con mal nombre— no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios; y ni por esas ni

por esotras bastaba con el escribano á que me dejase.

Todo esto pasaba en el tejado; que los tales, aun de las tejas arriba, levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caía á una pieza que servía de cocina.

CAPITULO VI

EN QUE PROSIGUE LO MISMO CON OTROS VARIOS SUCESOS

No cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fué dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano, y cuando me acordaba de lo de las ganzúas que me habían hallado en la faldriquera y las hojas que había escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas; unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase á visitarme los ñudos, que más velaba él en cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora que en toda su casa no había otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa, y volvióme á repasar muy bien las costillas; reprehendióme el mal vicio de hurtar, como quien tan bien lo sabía. En esto estábamos, él dándome,

y yo casi determinado de darle á él dineros —que es la sangre con que se labran semejantes diamantes— cuando, incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que me había visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalán, y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso. El portugués no lo pudo sufrir y tratólo algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero *fidalgo* de casa del rey, y que yo era un *home muito fidalgo*, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme a desatar y al punto el escribano clamó: "¡Resistencia!", y dos criados suyos —entre corchetes y ganapanes— pisaron las capas, deshiciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al rey. Los dos, al fin, me desataron, y viendo el escribano que no había quien le ayudase, dijo: "Voto a N., que esto no se puede hacer conmigo, y que á no ser vs. mercedes quienes son, les podría costar caro: manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés. Yo vi luego la letra, saqué ocho reales y díselos, y aun estuve por volverle los palos que me había dado; pero por no confesar

---

3 *Diamante:* "Con ningún instrumento se labra, si no es con otro diamante y con la sangre del cabrón caliente." Covarrubias.

que los había recibido, lo dejé, y me fuí con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohinas de los varapalos. Reíase el catalán mucho, y decía á la niña que se casase conmigo para volver el refrán al revés, que no fuese tras cornudo apaleado, sino tras apaleado cornudo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luego de varear, otras veces de leña y madera. Yo, que me vi corrido y afrentado, y que ya me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada y requirieron á la güéspeda que venían de parte del Santo Oficio, y que convenía secreto. Temblaron todos por lo que yo me había hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo

12 Así *Z.*, 1628.—*Z.*, 1626: "muy corrido".

13 *flor:* "trampa ó fullería" en lengua de germanes.—"Hame parecido comenzar estas flores de corte ó ardides de mal vivir por el juego, como capital y caudillo de todos los vicios..." *Capitulaciones de la vida de la corte.*

18 *Hornillos:* prov. de Valladolid.

por la deuda, y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre los temieron. Contaban al catalán y al portugués lo de aquellos que me venían á buscar, que eran demonios, y que yo tenía familiar, y cuando les contaba del dinero que yo había contado, decían que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa y comida horra.

Di traza, con los que me ayudaron, de mudar de hábito y ponerme calza, de obra y vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo en menudos dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación á título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la corte, y aun añadieron que ellos me encaminarían [á] parte conveniente y que me estuviese bien y con algún arcaduz por donde se siguiese. Yo, negro, cudicioso de pescar mujer, determinéme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se alquilaban caballos, y espetéme en uno al primer día, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno.

21 *negro:* "astuto", "taimado" en lenguaje de germanía.

Llegáronse dos caballeros, cada cual con su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenía en las manos. Yo solté la presa y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado á bureo, y yo —que si no lo tenían á enfado— que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si venían allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado; di señas de la librea, y metíme entre los dos y caminamos. Yo iba considerando que á nadie que nos veía era posible el determinar y juzgar cúyos eran los pajes y lacayos, ni cuál era el que no le llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un caballo que tenía porcelana; encarecíles mucho el roldaneso que esperaba que habían de traer de Córdoba. En topando algún paje, caballo ó lacayo les hacía parar, les preguntaba cúyo era, y también decía de las señales y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle, y aunque no la tuviese, le ponía una falta en el freno, y decía lo que había de hacer para remediarlo, y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, á mi parecer diciendo: "¿Quién será este tagarote escuderón?" —porque el uno llevaba un hábito en los pechos y el otro una cadena de dia-

26 *tagarote:* "suelen llamar tagarotes unos hidalgos pobres que se pegan adonde pueden comer y esto si hallan que harán buena riza". Covarrubias.

mantes, que era hábito y encomienda todo junto—, dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y á otro primo mío que entrábamos en unas fiestas. Llegamos al Prado, y en entrando saqué el pie del estribo y puse el talón por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decía: "Este yo le he visto á pie"; otro: "Lindo va el buscón." Yo hacía como que no oía nada, y paseaba.

Llegáronse á un coche de damas los dos y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas y tomé el estribo de madre y tía. Eran las vejezuelas alegres; la una de cincuenta y la otra punto menos. Díjeles mil ternezas, y oíanme, que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometíllas regalos y preguntélas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas, y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario: que las viesen colocadas como merecían, y agradóles mucho la palabra *colocadas*. Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la corte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote. "Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros que una judía poderosa; que, por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pie de cuarenta mil ducados de

renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada." Saltó tan presto la tía: "¡Ay, señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con ser yo no muy rica no he querido casar mi sobrina, con salirles ricos casamientos, por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre." "Eso creo yo muy bien" —dije yo.

En esto las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar á mis amigos:

Mirábase el uno al otro, y á todos tiembla la barba. [15]

Yo, que vi ocasión, dije que echaba menos mis pajes, por no tener con quién enviar á casa por unas cajas que tenía. Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen á la Casa del Campo al otro día, y que yo las enviaría algo fiambre. Aceptaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mía, y con tanto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Ellos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme, y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con

15 Estos versos son del romance de la "muerte de don Alonso de Aguilar" (núm. 1.088 del *Romancero de Durán*).

ellos, haciendo bajar á buscar mis criádos, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia. Fuíme, quedando concertado de vernos en la tarde en la Casa del Campo.

Fuí á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contéles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta y gastar docientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche con el cuidado de lo que había de hacer con el dote; y lo que más me tenía en duda era el hacer dél una casa ó darlo á censo, que no sabía yo qué sería mejor y de más provecho para mí.

---

3 *martelo:* "La unión y correspondencia cariñosa entre dos personas." *(Dicc. Aut.)*—"Enamoramiento, galanteo." *(Dico. Acad.)*

8 *quinolillas:* "Quinolas. Juego de naipes en que el lance principal consiste en hacer cuatro cartas, cada una de su palo, y si la hacen dos, gana la que incluye más pronto." *(Dicc. Aut.)*

CAPITULO VII

EN QUE SE PROSIGUE EL CUENTO CON OTROS SUCESOS Y DESGRACIAS NOTABLES

Amaneció, y despertamos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándosela á un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenía alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Había dicho que me llamaba don Felipe Tristán, y en todo el día ha-

17 *Vos:* era mirado como un tratamiento demasiado familiar. "El primero título y más bajo es *tu*, que se da á los niños ó á las personas que queremos mostrar grande familiaridad ó amor. *Vos* se dice á los criados ó vasallos." Juan de Luna: *Diálogos familiares.*

bía otra cosa sino don Felipe acá y don Felipe allá. Yo comencé á decir que me había visto tan ocupado en negocios de su majestad y cuentas de mi mayorazgo, que había temido el no poder cumplir, y que así, las apercibía á merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacían sino mirarme y callar. Mandéle que fuese al cenador y que aderezase allí, que entre tanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenía asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes, alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala, pero tenía más desenvoltura y dábame sospechas de hocicada. Fuimos á los estanques, vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Herodes por inocente. No sabía; pero como yo no quiero á las mujeres para consejeras ni bu-

7 *jarcia:* "carga de muchas cosas distintas". *(diccionario de la Academia.)*—"Los aderezos de la nave... y por ser muchas cosas y muy menudas llamamos jarcias los argadijos, cachinachos, instrumentos para pescar y otras cosas." Covarrubias.

17 *Zazosita* (?): ¿Tal vez por cecear? Comp. página 199-10,11: "Ceceaba un poco..., preciábase de manos."

19 *hocicada:* "*Besucar:* besar descompuestamente... que otros dicen hocicar." Covarrubias.

fonas, sino para acostarme con ellas, y si son feas y discretas, es lo mismo que acostarse con Aristóteles ó Séneca ó con un libro, procúrolas de buenas partes para el arte de las ofensas. Esto me consoló. Llegamos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un árbol la guarnición del cuello y desgarróseme un poco. Llegó la niña y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro día, que allá le aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo: mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles, y estando en esto vi venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cato, conozco á mi buen don Diego Coronel. Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Habló á las mujeres y tratólas de primas, y á todo esto no hacía sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero, y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él. Preguntóles —según se echó de ver después— mi nombre, y ellos dijeron: don Felipe Tristán, un caballero muy honrado y rico. Víale yo santiguarse. Al fin, delante dellas y de todos, se llegó á mí, y dijo: "V. m. me perdone; que por Dios que le tenía, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve

en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar." Riéronse todos mucho, y yo me esforcé, para que no me desmintiese la color, y díjele que tenía deseo de ver aquel hombre, porque me habían dicho infinitos que le era parecidísimo. "¡Jesús! —hacía el don Diego—. ¿Cómo parecido? El talle, la habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida." Entonces las viejas, tía y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un pícaro tan bajo como aquel; y porque no sospechase nada dellas, dijo la una: "Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedó por orden de mi marido en Ocaña." Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servirlas con mi poca posibilidad en todas partes. El don Diego se me ofreció, y pidió perdón del agravio que me había hecho en tenerme por el hijo del barbero, y añadía: "No lo creerá v. m.: su madre era hechicera, su padre ladrón y su tío verdugo, y él el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo." ¿Qué sentiría yo oyendo decir de mi cara tan afrentosas cosas? Estaba —aunque lo disimulaba— como en brasas. Tratamos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despidimos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y

tía dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me quería casar con Anica; que se informase, y vería si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos como la otra noche. Pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme; yo entendíles la flor y sentéme; sacaron naipes —eran hechizos como pasteles—, perdí una mano, di en irme por abajo y ganéles cosa de trecientos reales, y con tanto me despedí y vine á mi casa. Topé á mis compañeros licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me había sucedido; no les dije más de que me había visto en un grande aprieto. Contéles cómo me había topado con don Diego, y lo que me había sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera.

En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar; entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenía más flores que un mayo y barajas hechas lindas. Deter-

27 *mayo:* "el árbol alto adornado de cintas, frutas y otras cosas que se pone en un lugar público de alguna ciudad ó villa, adonde en todo el mes de mayo

minámonos de ir á darles un muerto —que así llaman el enterrar una bolsa—; envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarían de jugar con un fraile benito que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venía enfermo y traía mucho del real de á ocho y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron: "Venga el fraile en hora buena." "Es hombre grave en la orden —replicó Pero López— y como ha salido, se quiere entretener, que él más lo hace por la conversación." "Venga, y sea por lo que fuere." "Por el recato..." dijo Brandalagas. "No hay tratar de más", respondió el huésped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso y creída la mentira. Vinieron los acólitos, ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito —que en cierta ocasión vino á mi poder—, unos antojos y una barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego; ellos levantaban bien, y iban tres al mohino; pero quedaron mohinos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales. Di barato, y con mi "loado sea nuestro Señor" me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar, que era entretenimiento y no otra cosa.

---

concurren los mozos y mozas á holgarse y divertirse con bailes y otros festejos." *(Dicc. Aut.)*

Los otros —que habían perdido cuanto tenían— dábanse á mil diablos; despedíme, y salímonos fuera. Venimos á casa á la una y media, y acostámonos después de haber partido la ganancia. Consoléme con esto algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno, en lo cual conocí que había otros muchos como yo, pues andar á pie parecía mal y más entonces. Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado —que tenía un caballo y le guardaba— que se había acabado de apear á oír misa; metíle cuatro reales en la mano porque mientras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió; subí en él, y di dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y al dar la tercera, asomóse doña Ana. Yo, que la vi, y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería; dile dos varazos, tiréle de la rienda; empínase, y tirando dos coces, aprieta á correr y da conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me vi así, y rodeado de niños que se habían llegado, y delante de mi dama, empecé á decir: "¡Oh hi de puta, no fuéredes vos valenzuela! Estas temeridades me

2 *valenzuela:* hubo una casta de caballos de este nombre, de la cual trata D. Luis de Bañuelos y de la Cerda en su *Libro de la Jineta y descendencia de los caballos guzmanes que por otro nombre se llaman valenzuelas*, 1605 (Ed. Biblióf. Españoles, t. XIV, Ma-

han de acabar; habíanme dicho las mañas, y quise porfiar con él." Traía el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné á subir, y al ruido se había asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo que le vi, me demudé. Preguntóme si había sido algo; dije que no, aunque tenía estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa, que no saliese su amo y lo viese, que había de ir á palacio; y soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué, que, volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razón, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apear. Subió el letrado, y

---

drid, 1877); el primer semental de dicha casta lo vendió un arriero de Córdoba á D. Luis Manrique, hijo de los Duques de Nájera; aquel arriero se llamaba Guzmán, "de donde le quedó al caballo de allí adelante llamarse Guzmán y á todos sus hijos Guzmanes" (ob. cit., pág. 13); eran caballos estimadísimos por su ligereza y su planta; distinguióse en su selección don Juan de Valenzuela, caballerizo mayor del Duque de Sesa, del cual les quedó su segunda denominación. Comp. R. Marín, "Poesías de Vélez de Guevara", *Rev. de Arch., Bibl. y Mus.*, 1908, segundo semestre, página 66, nota 2.

fuese, y yo, por hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije: "En mi vida subí en tal mala bestia. Está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y trotón; dije cómo yo le corría y hacía parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría —y era deste licenciado—; quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas, y con tan mala silla, que fué milagro no matarme." "Sí fué —dijo don Diego—, y con todo, parece que se siente v. m. de esa pierna." "Sí siento —dije yo entonces—, y me quería ir á tomar mi caballo y á casa." La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento —como se lo eché de ver— de mi caída; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que había pasado en la calle, y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fué que cuando lluegué á casa, y fuí á ver un arca, adonde tenía en una maleta todo el dinero que me había quedado de mi herencia y de lo ganado al juego —menos cien reales que yo traía conmigo—, hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habían cargado con ello y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decía entre mí: "¡Malhaya quien fía en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí!

¿Qué haré?" No sabía si ir á buscarlos, si dar parte á la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían, habían de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues, seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder también el casamiento —que ya yo me consideraba remediado con el dote— determiné de quedarme, y apretarlo sumamente. Comí y á la tarde alquilé mi caballico, y fuíme hacia la calle de mi dama. Y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, antes de entrar, á que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás dél, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás, hasta que volviese otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta. Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, ó si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó qué se fué, que él se puso á inquirir quién era y de qué vivía, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente; y él, acosado dellas, que tenía ganas de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla —que fué el que me convidó á comer cuando yo estaba con los caballeros—, y éste, enojado de que yo no le había vuelto á ver, hablando con don Diego,

y sabiendo cómo yo había sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer, y que no había dos días que me había topado á caballo muy bien puesto, y le había contado cómo me casaba riquísimamente. No aguardó más don Diego, y volviéndose á su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos míos, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba, y díjoles que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle, que me magullasen los cascos, y que me conocerían en la capa que él traía, que la llevaría yo. Concertáronse, y en entrando en la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos míos como entonces. Estuvimos en conversación tratando de lo que sería bien hacer á la noche hasta el avemaría. Entonces despidiéronse los dos, echaron hacia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echamos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz, dijo don Diego: "Por vida de don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan." "Sea en buen hora", dije yo. Tomé la suya inocentemente, y dile la mía en mala; ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él —que tenía trazado el deshacerme las mías— dijo que le importaba ir solo, que me fuese.

No bien me aparté dél con su capa, cuando

ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintarearlo, por una mujercilla entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces, y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y quedéme en la calle con los cintarazos; disimulé tres ó cuatro chichones que tenía, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle de miedo. En fin, á las doce, que era la hora que solía hablar con ella, llegué á la puerta, y emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por don Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja á oreja, y quítanme la capa y déjanme en el suelo, diciendo: "Así pagan los pícaros embustidores mal nacidos." Comencé á dar gritos y á pedir confesión; y como no sabía lo que era, aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me había salido con la traza de la Inquisición, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huídos; y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía á quién echársela, pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era. Daba voces: "¡A los capeadores!"; á ellas vino la justicia: levantáronme, y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa de

un barbero, curóme, preguntáronme dónde vivía, y lleváronme allá.

Acostéme y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas, de los palos, que no me podía tener en ellas ni las sentía. Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podía seguir á los amigos ni tratar del casamiento, ni estar en la corte ni ir fuera.

CAPITULO VIII

DE MI CURA Y OTROS SUCESOS PEREGRINOS

He aquí á la mañana amanece á mi cabecera la huéspeda de la casa, vieja de bien, edad de marzo, cincuenta y cinco, con su rosario grande y su cara hecha en orejón ó cáscara de nuez, según estaba arada. Tenía buena fama en el lugar y echábase á dormir con ella y con cuantos querían; templaba gustos y careaba placeres. Llamábase Tal de la Guía, alquilaba su casa y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas había de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; á la de buenas manos, se las enseñaba a esgrimir; á la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vedejas por el manto y la toca; á buenos ojos, lindos bailes con las niñas: ya dormidillos, cerrándolos, ya elevaciones, mirando arriba. Pues trataba en materia de afeites, cuervos entraban y les corregía las caras de manera que, al entrar

en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos, y en lo que ella era más extremada era en remendar virgos y adobar doncellas. En solo ocho días que yo estuve en casa la vi hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pelar refranes que dijesen, á las mujeres. Allí les decía cómo habían de encajar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa, en Burgos, mujeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas palabras —que siempre hablaba por refranes—: "De do sacan y no pon, hijo don Felipe, presto llegan al hondón; de tales polvos, tales lodos; de tales bodas, tales tortas. Yo no te entiendo ni sé tu manera de vivir; mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que, durmiendo, caminamos á la huesa. Yo, como montón de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí que has despendido mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? Dime con quién andas, hijo, y diréte quién eres; cada oveja con su pareja; sábete, hijo, que de la mano á la boca se pierde la sopa. Anda, bobillo, que si

te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas; así que enseño como me pongo, y quedámonos con ellas en casa; y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que te hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun los que me debes de la posada no te los pidiera agora, á no haberlos menester para unas candelicas y hierbas" —que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaban las manos, se untaba y salía de noche por la puerta del humo.

Yo que vi que había acabado la plática y sermón en pedirme —que con ser su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos lo hacen— no me espanté de la visita, que no me la había hecho otra vez mientras había sido su huésped, sino fué un día que me vino á dar satisfacciones de que había oído que me habían dicho no sé qué

---

2 *fiel ejecutor:* "es cargo en las repúblicas del que tiene cuidado de mirar las mercaderías que se venden, y si se da en ellas el peso justo y fiel". Covarrubias.

6 *alcorzada:* cubierta de afeites, como los dulces de alcorza; posiblemente hay un juego de palabras entre *alcorzada* y *redomada,* que no significa sólo "astuta", sino también "untada con los ungüentos de las redomas".

10 *entenado:* "nacido antes", "antepasado".

de hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vínome á desengañar y á decir que era otra Guía; y no es de espantar que con tales guías vamos todos desencaminados. Yo la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la vinieron á prender por amancebada, y sabían que estaba el amigo en casa. Entraron en mi aposento; y como me vieron en la cama, y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro ó seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera de la cama; á ella la tenían asida otros dos, tratándola de alcagüeta y bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacía la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dió á correr. Ellos, que lo vieron, y supieron —por lo que decía otro güésped de casa— que yo no lo era, arrancaron tras el pícaro y asiéronle, y dejáronme a mí repelado y apuñeteado; y con todo mi trabajo, me reía de lo que los picarones decían á la vieja, porque uno la miraba y decía: "¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio!" Otro: "Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes para que entréis

25 Comp. pág. 17, lín. 13.

bizarra." Al fin trujeron al picarón, y atáronlos á entrambos; pidiéronme perdón y dejáronme solo. Yo quedé en algo aliviado de ver á mi buena huéspeda en el estado que tenía sus negocios; y así, no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja, aunque —según las cosas que contaba una criada que quedó en casa— yo desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho días, y apenas podía salir; diéronme doce puntos en la cara y hube de ponerme muletas.

Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada, y así, por no hacer más gasto, no teniendo dinero, determinéme de salir con dos muletas de la casa y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me dieron un coleto de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gabán de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatazos grandes, la capilla del gabán en la cabeza; un Cristo de bronce traía colgado del cuello, y un rosario. Impúsome en la voz y frases doloridas de pedir un pobre que entendía del arte mucho, y así comencé luego á ejercitarlo por las calles. Cosíme setenta reales, que me sobraron, en el

1 *bizarro:* "Lucido, muy galán, espléndido y adornado." *(Dicc. Aut.)*

jubón; y con esto me metí á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho días por las calles aullando en esta forma, con voz dolorida y reclamamiento de plegarias: "Dadle, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo." Esto decía los días de trabajo, pero los de fiesta comenzaba con diferente voz, y decía: "Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los Angeles, Madre de Dios, dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor." Y paraba un poco, que es de grande importancia, y luego añadía: "Un aire corruto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros, que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea Dios."

Venían con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganara más si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogía más limosna con pedir mal criado. Decía con voz ronca, rematando en chillido: "Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; dalde al pobre lo que Dios reciba"; y añadía: "Por el buen Jesú"; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús, sino quitábale la *s*, y movía á más devoción. Al fin, yo mudé de frasecicas y cogía maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas

en una bolsa de cuero y liadas, y mis dòs muletas. Dormía en un portal de un cirujano con un pobre de cantón —uno de los mayores bellacos que Dios crió—; estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenía una potra muy grande, y atábase con un cordel el brazo por arriba, y parecía que tenía hinchada la mano, y manca y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto y con la potra defuera tan grande como una bola de puente, y decía: "¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano!" Si pasaba mujer, decía: "Señora hermosa, sea Dios en su ánima"; y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico: "¡Ah, señor capitán!"—decía—, y si otro hombre cualquiera: "¡Ah, señor caballero!" Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría; y si clérigo en mula, señor arcediano; en fin, él adulaba terriblemente. Tenía modo diferente para pedir los días de los santos; y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos días estuvimos ricos: y era que este tal pobre tenía tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían; dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba. Iba á la parte con dos niños de cajeta en las sangrías que hacían de ellas.

Yo, con los consejos de tan buen maestro y con las liciones que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme en menos de un mes con más de doscientos reales horros; y últimamente me declaró —con intento que nos fuésemos juntos— el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos; y era que hurtábamos niños cada día entre los dos cuatro ó cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros á preguntar las señas, y decíamos: "Por cierto, señor, que lo topé á tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro; en casa está. Dábannos el hallazgo, y venimos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escudos y ya sano de las piernas, aunque las traía entrapajadas.

Determiné de salirme de la corte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar —que era el pobre que dije—, y busqué por los mesones en qué ir á Toledo.

CAPITULO IX

EN QUE ME HAGO REPRESENTANTE, POETA Y GALÁN DE MONJAS CUYAS PROPRIEDADES SE DESCURREN LINDAMENTE

En una posada tope una compañía de farsantes que iban á Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo había sido mío del estudio de Alcalá, y había renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá y salir de la corte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacía sino santiguarse de mi *per signum crucis*. Al fin me hizo amistad —por mi dinero— de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos. Ibamos barajados hombres y mujeres, y una entre ellas, la bailarina, que también hacía las reinas y papeles graves en la comedia, me pareció extremada sabandija. Acertó á estar su marido á mi lado, y yo, sin pensar á quien hablaba, llevado del deseo de amor y gozarla, díjele: "Esta mujer ¿por qué orden la podríamos hablar, para gastar con su merced veinte escudos, que me ha parecido hermosa?"

"No me está bien á mí decirlo, que soy su marido —dijo el hombre— ni tratar de eso, pero sin pasión, que no me mueve ninguna, se puede gastar con ella cualquier dinero, porque tales carnes no tiene el suelo ni tal juguetoncita"; y diciendo esto saltó del carro y fuése al otro, según pareció, por darme lugar á que la hablase. Cayóme en gracia la respuesta del hombre, y eché de ver que por éstos se pudo decir que tienen mujeres como si no las tuviesen, torciendo la sentencia en malicia. Yo gocé de la ocasión, y preguntóme que adónde iba, y algo de mi hacienda y vida. Al fin dejamos tras muchas palabras, para Toledo las obras; íbamos holgando por el camino mucho.

Yo —acaso— comencé á representar un pedazo de comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representélo de suerte que les di codicia; y sabiendo, por lo que yo le dije á mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome que si quería entrar en la danza con ellos. Encareciéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenía necesidad de arrimo y me había parecido bien la moza, concertéme por dos años con el autor; hícele escritura de estar con él, y dióme mi ración y representaciones; y con tanto llegamos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó cuatro loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en

todo, y eché la primera loa en el lugar; era de una nave —de lo que son todas— que venía destrozada y sin provisión; decía lo de: "Este es el puerto"; llamaba á la gente *senado;* pedía perdón de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un vítor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representamos una comedia de un representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo antes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega y Ramón, no había otra cosa. Al fin, la comedia se hizo el primer día, y no la entendió nadie; al segundo empezámosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salía yo armado y con rodela, que si no, á manos de mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecíalo la comedia, porque traía un rey de Normandía sin propósito en hábito de ermitaño, y metía dos lacayos por hacer reir, y al desatar de la maraña no había más de casarse todos, y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratamos mal al compañero poeta; y yo, diciéndole que mirase de la que nos habíamos

21 *badea:* "melón aguanoso y en algunas partes pepino". *(Dicc. Acad.)*

escapado, y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso de uno, y otro de otro había hecho la capa de pobre, de remiendo, y que el daño no había estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacían comedias, todo les obligaba á restitución, porque se aprovechaban de cuanto habían representado, y que era muy fácil; y que el interés de sacar trecientos ó cuatrocientos reales les ponía á aquellos riesgos. Lo otro, que como andaban por esos lugares, y les leen los unos y otros comedias, tomábanlas para verlas, y hurtábanselas, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decían que era suya. Y declaróme cómo no había habido farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza, y yo confieso que me incliné á ella por hallarme con algún natural á la poesía, y más que tenía ya conocimiento con algunos poetas, y había leído á Garcilaso; y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y la farsanta y representar, pasaba la vida; que pasado un mes que había que estábamos en Toledo haciendo muchas comedias buenas, y también enmendando el yerro pasado —que con esto ya no tenía nombre, y había llegado á llamarme *Alonsete*, porque yo había dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el *Cruel*, por serlo una figura que había hecho con gran

aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar— tenía ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendían sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonico á Morales, pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias. Si alguno venía á leer comedia, yo era el que la oía. Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico, y luego hice un entremés, y no pareció mal.

Atrevíme á una comedia, y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimías; había sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces con su *bu, bu* al salir, y *ri, ri* al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de *Satán* en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos á trabajar, porque acudían á mí enamorados por coplas de cejas, y otros de ojos; cuál de manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenía su precio, aunque como había otras tiendas, porque acudiesen á la mía hacía barato.

1 *mosquetero:* el populacho, que permanecía de pie en el patio del corral y de cuyos *vítores* ó silbidos dependía el éxito ó fracaso de la obra.

6 *Pinedo, Sánchez y Morales,* famosos actores.

9 *apariencias:* decoraciones y tramoyas.

¿Pues villancicos? Hervía en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban á pura oración —ocho reales de cada una—; y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonorosa, que provocaba á gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal,
Hija del Padre divino,
Dame gracia virginal, etc.

Fuí el primero que introdujo acabar las coplas, como los sermones, con *aquí gracia y después gloria,* en esta copla de un cautivo de Tetuán:

Pidámosle sin falacia
Al alto Rey sin escoria,
Pues ve nuestra pertinacia,
Que nos quiera dar su gracia,
Y después allá la gloria. Amén.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya á ser autor. Tenía mi casa muy bien aderezada, porque había dado —para tener tapicería barata— en un arbitrio del diablo, y fué de comprar reposteros de tabernas y colgarlos. Costáronme veinte y cinco ó treinta reales; eran más para ver que cuantos tiene el rey, pues por éstos se

22 *Autor,* es decir, director de compañía.
25 *repostero:* "Un paño cuadrado con las armas del señor que se pone sobre las acémilas." Covarrubias.

veía de puro rotos, y por esos otros no se verá nada.

Sucedióme un día la mejor cosa del mundo, que, aunque es en mi afrenta, la he de contar. Yo me recogía en mi posada, el día que escribía comedia, al desván; y allí me estaba y allí comía; subía una moza con la vianda y dejábamela allí; yo tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, á la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera —que era angosta y escura— con dos platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia; decía:

Guarda el oso, guarda el oso,
Que me deja hecho pedazos,
Y baja tras ti furioso.

¿Qué entendió la moza —que era gallega— como oyó decir "baja tras ti y me deja"? Que era verdad y que la avisaba; va á huir, y con la turbación písase la saya y rueda toda la escalera; derrama la olla y quiebra los platos, y sale dando gritos á la calle, diciendo que mataba un oso á un hombre. Y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y aun contándoles yo como había sido ignorancia de la moza —porque era lo que he referido de la comedia— aun no lo querían creer. No comí aquel día; supiéronlo los compañeros, y fué celebrado el cuento en la ciudad. Y destas

cosas me sucedieron muchas mientras perseveré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedió, pues, que mi autor —que siempre paran en esto— sabiendo que en Toledo le había ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con lo cual nos desmembramos todos, y echó cada uno por su parte. Yo —si va á decir verdad—, aunque los compañeros me querían guiar á otras compañías, como no aspiraba á semejantes oficios, y el andar con ellos era por necesidad, viéndome con dineros y bien puesto, no traté más que de holgarme. Despedíme de todos; fuéronse, y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsante, si no lo ha v. m. por enojo, di en amante de red, como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galán de monjas. Tuve ocasión para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Venus una monja, á cuya petición había hecho muchos villancicos, que se me aficionó en un auto del Corpus, viéndome representar un san Juan Evangelista. Regalábame la mujer con cuidado, y habíame dicho que sólo sentía que fuese farsante —porque yo había fingido que era hijo de un gran caballero— y dábala compasión. Al fin, me determiné de escribirla el siguiente papel:

"Más por agradar á v. m. que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que para

16 *red:* los enrejados del convento.

mí cualquiera sin la suya es soledad: ya seré tanto más suyo cuanto soy más mío. Avíseme cuándo habrá locutorio, y sabré juntamente cuándo tendré gusto, etc."

Llevó el billete la andadera. No se podrá creer el grandísimo contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado. Respondióme desta manera:

RESPUESTA

"De sus buenos sucesos antes aguardo los parabienes que los doy, y me pesara dello á no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí; no resta agora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy; pero no deje de venirse v. m. á vísperas; que allí nos veremos, y luego por las vistas, y quizá podré yo hacer alguna pandilla á la abadesa. Y adiós."

Contentóme el papel, que realmente la mujer tenía buen entendimiento y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solía hacer los galanes en las comedias. Fuíme luego á la iglesia, recé, y luego empecé á repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos para ver si parecía; cuando Dios y en hora buena —que más era diablo y en hora mala— oigo la seña antigua; comienzo á toser, y andaba una tosidura de Barrabás: remedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimiento en la iglesia. Al

fin, yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma á la red una vieja tosiendo, y echo de ver mi desventura, que es peligrosísima seña en los conventos; porque como es seña á las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor y sale una lechuza. Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas; oílas todas; que por esto llaman á los galanes de monjas *solemnes* enamorados, por lo que tienen de vísperas, y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les llega el día jamás. No se creerá los pares de vísperas que yo oí; estaba con dos varas de gaznate más del que tenía cuando entré en los amores, á puro estirarme para ver. Fuí gran compañero del sacristán y monacillo, y muy bien recibido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecía que almorzaba asadores y que comía virotes.

Fuíme á las vistas, y allá —con ser una plazuela bien grande— era menester enviar á tomar lugar á las doce, como para comedia nueva; hervía en devotos. Al fin me puse donde pude, y podíanse ir á ver por cosas raras las diferentes posturas de los amantes: cuál, sin pestañear los ojos, mirando; cuál, con su mano puesta en la espada y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro, alzadas las manos y extendidos los brazos á lo seráfico;

cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, la enseñaba á su querida las entrañas por el gaznate; otro, pegado á la pared, dando pesadumbre á los ladrillos, parecía medirse con la esquina; cuál, se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como á macho; otro, con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecía que llamaba al halcón. Los celosos era otra banda: éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando á ellas; otros, leyendo coplas y enseñándomelas; cuál, para dar picón, pasaba por el terrero con una mujer de la mano, y cuál hablaba con una criada echadiza, que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena de rendijas toda, y una pared con deshilados, que ya parecía salbadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas: allí se veía una pepitoria, una mano, y acullá, un pie; en otra

12 *picón:* "pique, resentimiento".

13 *terrero:* la calle ó campo frente á la casa, por donde acostumbraban á pasear los galanes.

14 *criada echadiza:* "*Echadizo:* el que viene engañosamente enviado con secreto por alguno otro para llevar luz de lo que le está bien." Covarrubias.

21 *brújula:* "propiamente es el agujerito de la puntería de la escopeta... y es menester mucho tiento y fiema para encarar con él". Covarrubias.

22 *pepitoria:* "Un guisado que se hace de los pescuezos y alones del ave." Covarrubias.—"Por extensión

parte había cosas de sábado, cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; á otro lado se mostraba buhonería: una enseñaba el rosario; cuál mecía el pañizuelo; en otra parte colgaba un guante; allí salía un listón verde; unas hablaban algo recio; otras tosían; cuál hacía la señal de los sombreros, como si sacara arañas ceceando. En verano es de ver cómo no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas á ellas tan crudas y á ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle á uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape ni lluvia que se nos pase por alto; y todo esto al cabo es para ver una mujer por red y vidrieras, como güeso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula si habla, y si calla de un retrato. Los favores son todos toques, que nunca llegan á cabes, un paloteadico con los dedos; hincan las cabezas en ls rejas y apúntanse los requiebros por las troneras. Aman al escondite. ¡Pues verlos hablar quedito y de rezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente; y lo que mejor es, ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las causas tan endemoniadas que hallan para probarlo! Al fin, yo llamaba ya señora á la abadesa, padre al vi-

se llama la junta de pies y manos de los racionales." *(Dicc. Aut.)*

cario y hermano al sacristán: cosas todas que con el tiempo y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme á enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que á otros se da tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veía que me condenaba á puñados, y que me iba al infierno por solo el sentido del tacto. Si hablaba, solía —porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas— juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos días siguientes traía los hierros estampados en la frente, y hablaba tan bajo, que no me podía comprehender si no se valía de trompetilla. No me veía nadie que no decía: "Maldito seas, bellaco monjil"; y otras cosas peores.

Todo esto me tenía revolviendo pareceres y casi determinado á dejar la monja, aunque perdiese mi sustento, y determinéme el día de San Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son monjas. Y no quiera v. m. saber más de que las Bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las Bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas á la iglesia, y muchos pícaros del rastro.

Cuando yo vi que las unas por el un santo, y las otras por el otro trataban indecentemente

dellos, cogiéndola á la monja mía, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra más ancha, quise probar ventura. Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pío lector.

CAPITULO X

DE LO QUE ME SUCEDIÓ EN SEVILLA HASTA EMBARCARME Á INDIAS

Pasé el camino de Toledo á Sevilla prósperamente, porque como yo tenía ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y menor, y tenía la mano derecha encubridora de un dado —pues preñada de cuatro, paría tres—; llevaba provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de moros y ballestilla; y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores, porque á decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre, y también porque antes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres; mas quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fíes, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela; guarda

---

11 *garrotes de moros y ballestilla:* trampas ó flores del juego de cartas.

el naipe de tocamientos raspados ó bruñidos, cosa con que se conocen los azares. Y por si fueres pícaro, lector, advierte que en cocinas y caballerizas pican con un alfiler ó doblando los azares, para conocerlos por lo hendido; y si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fué concebido en pecado, y que con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fíes de naipe limpio, que al que da vista y retiene lo más jabonado es sucio. Advierte que á la carteta el que hace los naipes, que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas, porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que da, y procura que no se pidan cartas ó por los dedos en el naipe ó por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de más cosas; éstas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entienden; *dobles* son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al sano de malicia y bueno como el pan, y *negro* al que deja en blanco sus diligencias.

2 *azar:* "En el juego de naipes y dados se llama la suerte contraria." *(Dicc. Aut.)*

11 *carteta:* "juego de naipes que comúnmente se llama el parar." *(Dicc. Aut.)*

Yo, pues, con este lenguaje y estas flores llegué a Sevilla: con el dinero de las camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuíme luego á apear al mesón del Moro, donde me topó un condiscípulo mío de Alcalá, que se llamaba Mata, y agora se decía —por parecerle nombre de poco ruido— Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traía la muestra dellas en su cara, y por las que le habían dado, concertaba tamaño y hondura de las que había de dar; decía: "No hay tal maestro como el bien acuchillado"; y tenía razón, porque la cara era una cuera y él un cuero. Díjome que me había de ir á cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverían al mesón.

Fuí, llegamos á su posada, y dijo: "Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre; que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y porqué no lo tengan por maricón, abaje ese cuello y agobie de espaldas, la capa caída —que siempre andamos nosotros de capa caída— y ese hocico de tornillo, gestos á un lado y á otro; y haga vucé de la *g, h,* y de la *h, g;* y diga conmigo: *gerida, mogino, gumo, paheria, mohar, habalí,* y *harro* de vino." Tomélo de memoria. Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y en lo largo no se llamaba espada, que bien podía. "Bébase —me dijo— esta media azumbre de vino puro; que si no da vaharada no parecerá valien-

te." Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro dellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubieros con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros empinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecían diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas, las conteras en guarnición, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buídos á lo cuerno, y barbas turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego á mi amigo le dijeron —con voces mohinas, sisando palabras—: "Seidor." "So compadre", respondió mi ayo. Sentáronse; y para preguntar quién era yo no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorrales, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo; y con esto con mucha alegría se levantaron todos, y me abrazaron y hicieron muchas fiestas, y yo, de la propia manera á ellos, que fué lo mesmo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar; vinieron á servir la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman *cañones*. Sentámonos todos juntos á la mesa: aparecióse luego el alcaparrón, y con esto empezaron —por bienvenido— á beber á mi honra, que yo de ninguna ma-

26 *cañón:* "pícaro perdido" en germanía.

nera, hasta que la vi beber, no entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón: contóme la penadilla. A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta sin confesión. Recetáronsele al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. Ya á

---

6 *penadilla:* "Dícese de una especie de vasija usada antiguamente en España para beber, la cual se hacía muy estrecha de boca á fin de que fuese dando en corta cantidad la bebida." *(Dicc. Acad.)*

11 *Domingo Tiznado:* mulato, pastelero de oficio.

12 *Gayón, Gayona, Gayoso:* inventor de una estocada irresistible.

13 *Escamilla:* Pedro Vázquez de Escamilla, célebre matón, que, según dice el autor en el romance de *Los valientes y tomayonas*, murió en Sevilla, su tierra.

14 *Alonso Alvarez de Osorio,* poeta y pícaro sevillano cuya biografía ha trazado don Francisco Rodríguez Marín, identificándolo con el Loaysa de *El Celoso Extremeño.* (*El Loaysa de El Celoso Extremeño,* Sevilla, 1901). Un mote inconveniente que puso á don Bernardino de Avellaneda, presidente de la casa de la contratación y luego asistente, le hizo acabar en la horca, pues sin la saña de Avellaneda hubiesen tenido castigo más suave sus delitos. Su muerte —hacia 1604— le atrajo la admiración de toda la jacarandina. Juan de la Cueva solicitó su perdón en vano, y su nombre quedó mucho tiempo como espejo de bravos.

mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando á la luz: "Por esta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vuecedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto." Levantóse entre ellos alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron: "Así como bebemos este vino, hemos de beber la sangre á todo acechador." "¿Quién es este Alonso Alvarez —pregunté— que tanto se ha sentido su muerte?" "Mancebo —dijo el uno—, lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. Vamos; que me retientan los demonios." Con esto salimos de casa á montería de corchetes.

Yo, como iba entregado al vino, y había renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponía. Llegamos á la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embistimos. Yo hice lo mismo, y limpiamos dos cuerpos de corchetes de sus malas ánimas, al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus pies, y apeló por la calle arriba dando voces; no lo pudimos seguir, por haber cargado delantero. Y al fin nos cogimos á la iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor

de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervía en los cascos. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huído el alguacil de un racimo de uva, que entonces lo éramos nosotros. Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos días era rabí de los otros rufianes. La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábamos la puerta; pero con todo, de media noche abajo rondábamos disfrazados.

Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme —no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador— determiné, consultándolo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella, á ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte. Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.

15 *jacarandina:* "Rufianesca ó junta de rufianes ladrones." *(Dicc. Aut.)*

FIN

ÍNDICE

Páginas

Introducción VII
Aprobación y licencias 1
Al lector 7
A Don Francisco de Quevedo 9

Historia de la vida del buscón

Capítulo I.—En que cuenta quién es y de dónde. 11
Capítulo II.—De cómo fuí á la escuela y lo que en ella me sucedió 16
Capítulo III.—De cómo fuí á un pupilaje por criado de don Diego Coronel 24
Capítulo IV.—De la convalecencia y ida á estudiar á Alcalá de Henares 36
Capítulo V.—De la entrada en Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo 46
Capítulo VI.—De las crueldades del ama y travesuras que yo hice 55
Capítulo VII.—De la ida de don Diego y nuevas de la muerte de mis padres, y la resolución que tomé en mis cosas para adelante 68
Capítulo VIII.—Del camino de Alcalá para Segovia y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche 73
Capítulo IX.—De lo que me sucedió hasta llegar á Madrid con un poeta 82
Capítulo X.—De lo que hice en Madrid y lo que me sucedió hasta llegar á Cercedilla, donde dormí. 88
Capítulo XI.—Del hospedaje de mi tío, y visitas; la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la Corte 103

Páginas

Capítulo XII.—De mi huída, y los sucesos en ella hasta la Corte..... 111
Capítulo XIII.—En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres... 115

LIBRO SEGUNDO DE LA VIDA DEL BUSCÓN

Capítulo I.—De lo que me sucedió en la Corte luego que llegué hasta que anocheció..... 123
Capítulo II.—En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos..... 129
Capítulo III.—En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel..... 143
Capítulo IV.—En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza y yo en fiado... 147
Capítulo V.—De cómo tomé posada y la desgracia que me sucedió en ella..... 158
Capítulo VI.—En que prosigue lo mismo con otros varios sucesos..... 165
Capítulo VII.—En que se prosigue el cuento con otros sucesos y desgracias notables..... 173
Capítulo VIII.—De mi cura y otros sucesos peregrinos..... 186
Capítulo IX.—En que me hago representante, poeta y galán de monjas, cuyas propriedades se descubren lindamente..... 194
Capítulo X.—De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme á Indias..... 208

Date Due

Demco 293-5			

Quevedo y Villegas 863.3
Q5v
Vida del Buscón
51723

Quevedo y Villegas 863.3
AUTHOR Q5v
Vida del Buscón
TITLE
51723

DATE DUE	BORROWER'S NAME
10/5/56	Bendeez

UPSALA COLLEGE LIBRARY
EAST ORANGE, NEW JERSEY

DATE DUE